

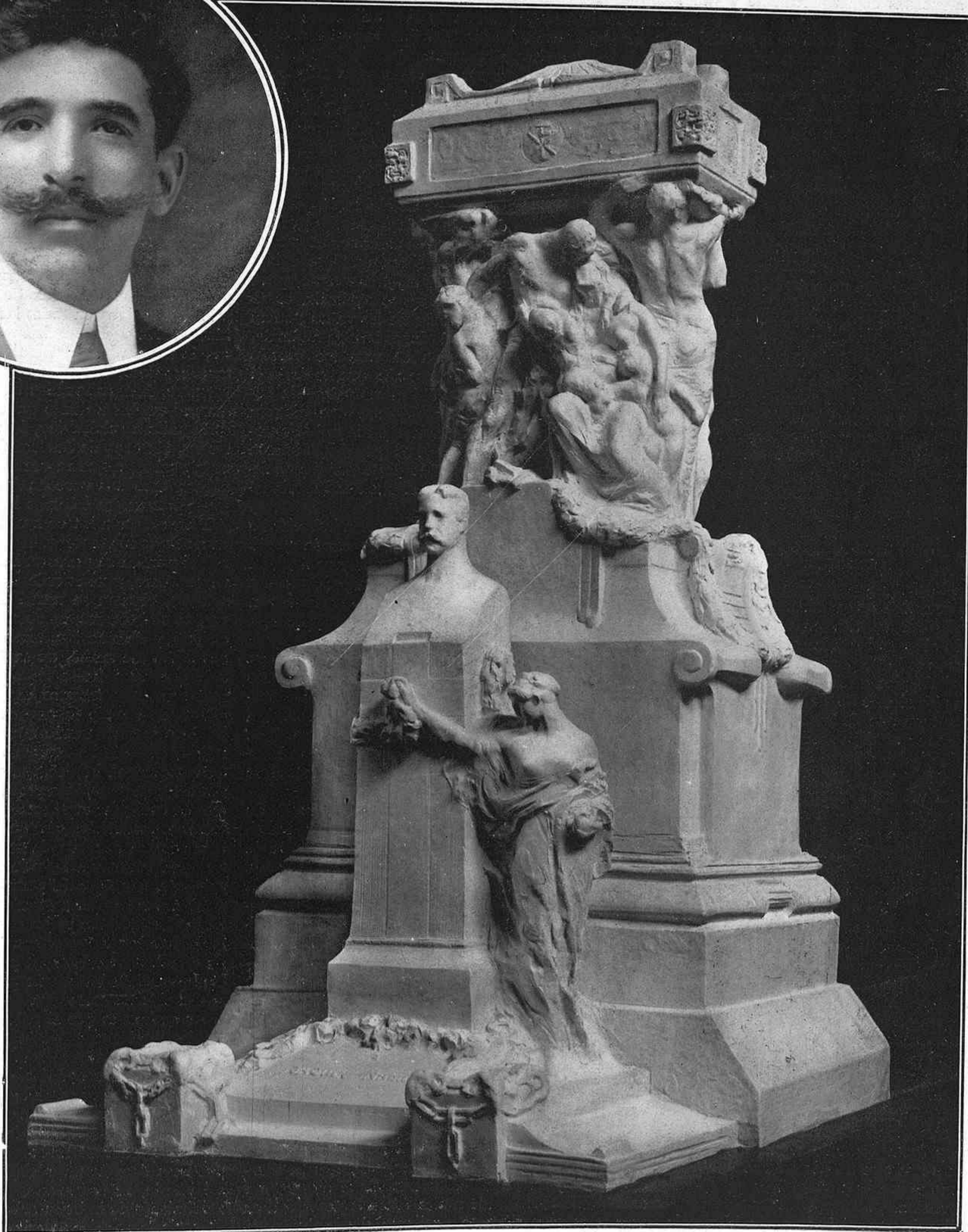
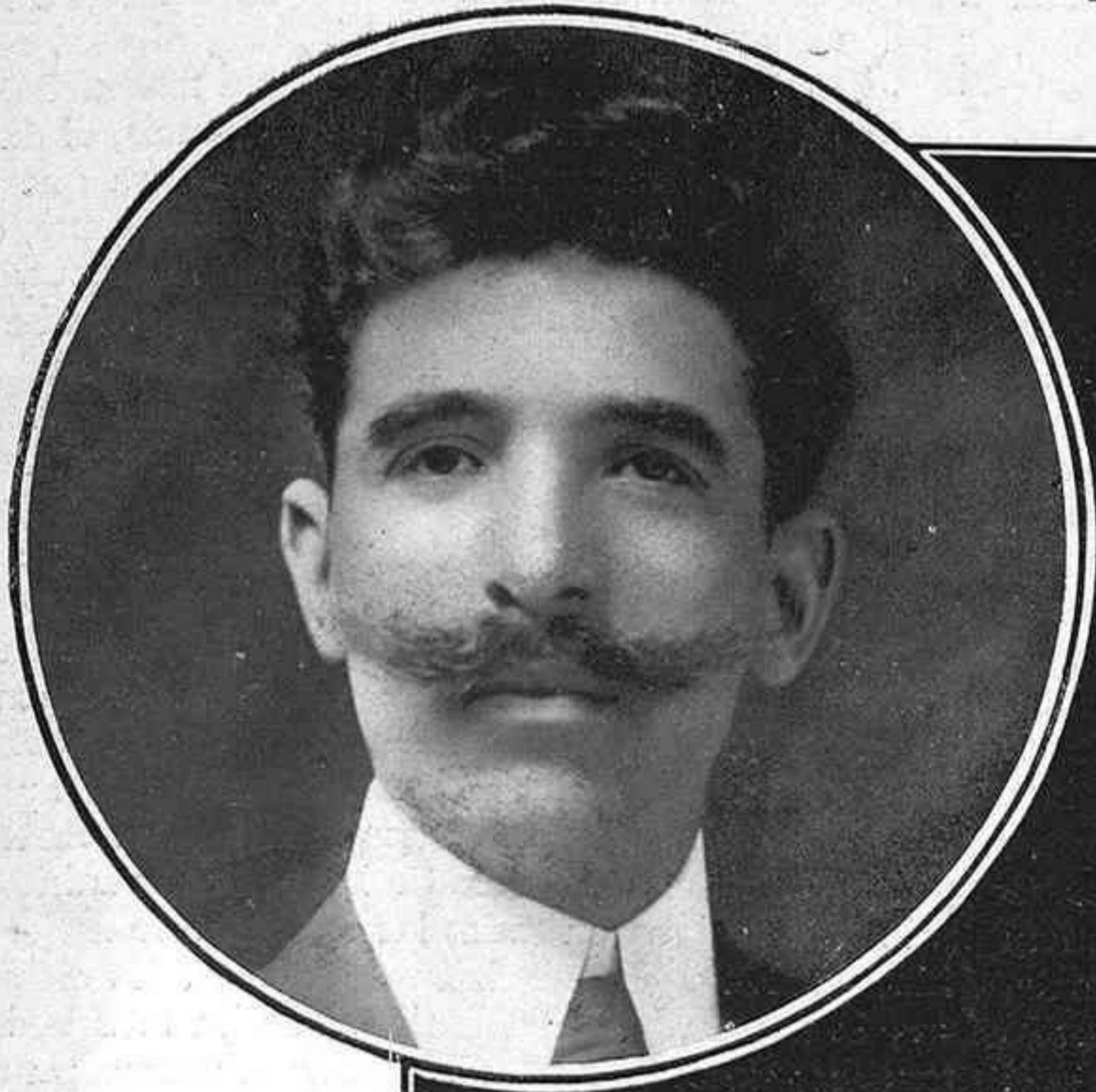
La Ilustración Artística

Año XXXII

BARCELONA 17 DE FEBRERO DE 1913

Núm. 1.625

Monumento al libertador de los esclavos del Brasil Joaquín Nabuco,
que ha de erigirse en el cementerio de Pernambuco



Este monumento es obra del escultor italiano Juan Nicolini, cuyo retrato publicamos y cuyo proyecto fué premiado en un concurso internacional convocado por el gobernador de Pernambuco. Tiene cuatro metros de ancho, tres de fondo y 5'70 de alto.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La casa en silencio*, cuento de Federico Trujillo. — *La guerra de Oriente*. — Eduardo Chicharro. — *Trágico fin de la misión Scott*. — El general Mario G. Menocal. — San Petersburgo. Concurso de trineos automóviles. — Una doctora china. — Dr. D. Manuel E. Araujo. — Los terrores del radio (novela). — Madrid. Excursión aérea del rey D. Alfonso XIII en el dirigible «España». — Roma. El nuevo embajador de España cerca de la Santa Sede. — La ciudad de Andrinópolis.

Grabados. — Monumento a Joaquín Nabuco, obra de Juan Nicolini. — Dibujo de Carlos Vázquez, ilustración a *La casa en silencio*. — *Repasando la ropa*, cuadro de M. Villegas Brieva. — Marco Polo delante del Gran Khan de Tartaria, cuadro de T. Cremona. — *El Rey y el ejército de Rumania* (lámina). — *La guerra en Oriente* (cinco fotografías). — Eduardo Chicharro y su estudio en Roma. — *Misión Scott*. — *Haendel niño*, cuadro de M. I. Diksee. — *El general Menocal*. — *La doctora Yamey-King*. — D. M. Araujo. — San Petersburgo. Concurso de trineos. — *Notas de Madrid y Roma*. — *Andrinópolis*. *La Gran Mezquita*. *La calle principal*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con la muerte de D. Segismundo Moret y Prendergast ha quedado vacante la Presidencia del Ateneo, y hoy los ateneístas eligen presidente y Junta de gobierno entera.

Se han sucedido en la presidencia de la casa, desde la Restauración acá, personajes políticos de la mayor altura. No es sin embargo el Ateneo un centro político propiamente dicho, sino que su representación es, al menos reglamentariamente, intelectual, artística y científica. Pero es el caso que la defensa de sus intereses exige que la política le acoja a la sombra de sus alas. De otra manera, según se oye repetir, su gran tradición pudiera no bastar para salvarle de vegetar lánguidamente.

Por eso surgió la candidatura del Conde de Romanones, cuya actividad y penetración mucho pudieron hacer en favor de la clásica Sociedad. Acaso si triunfa su candidatura esperan a ésta días brillantes, como los que los viejos de la Cacharrería, *laudatores temporis acti*, recuerdan siempre con nostalgia. Y es de suponer que triunfe, habiéndose retirado, en carta terminante, el otro candidato, el insigne Ramón y Cajal.

D. Segismundo Moret, que impensadamente acaba de morir, estaba en extremo encariñado con el Ateneo. Encontraba en él su propia esfera, su rincón predilecto, y se esmeraba en los discursos y conferencias, con esa coquetería de la forma que era uno de sus rasgos distintivos. En la naturaleza de Moret había una necesidad de agradar y atraer que distinguían especialmente a su amable talento. Hay oradores que subyugan, sin llegar a producir esa corriente de atracción, en que misteriosamente eslabona la simpatía. Moret bordaba gentilmente las cláusulas, con un instinto de artista que me interesaba infinito comprobar. Todo era artístico en este decorativo presidente, desde el gesto hasta la entonación, desde la actitud hasta el modo de ponerse el abrigo. Organización privilegiada, rica en facultades y aptitudes, afinada además por el estudio de las corrientes europeas, pues Moret era uno de los contados políticos que continuamente se estaban asomando a Europa, el último presidente del Ateneo debía además a su suerte una figura apuesta y noble, que prevenía en su favor, desde el primer momento. La vejez, lejos de arruinar esta figura, la había mejorado mucho, caso frecuente en los que cultivan el pensamiento y las facultades mentales. La barba blanca prestaba extraordinario carácter a su fisonomía, acentuaba los rasgos acaso demasiado correctos, y le infundía majestad y grave dignidad de varón.

Sus altas condiciones de orador, las había intensificado por medio de un estudio de los menores detalles. Esto pude yo comprenderlo bien cuando hube de dar mis lecciones en la Cátedra de Estudios superiores del Ateneo. Moret, espontáneamente, me vino a dar consejos y a aleccionarme en el modo de emitir la voz, de tomar aliento entre los períodos, de dar descanso al pecho, de no llegar nunca a quedarse sin resuello y afónico, o soltar un gallo en mitad de un párrafo interesante. Y no contento con estas instrucciones, que mucho agradecí, como yo me encontrase por casualidad molestada por la afonía catarral, que muy fuera de sazón se había presentado a la lección tercera o cuarta de mi curso, el presidente mismo me preparó un *grög* eficaz para combatir este inconveniente, al menos durante la explicación. Pocos días después el famoso Dr. Uruñuela me curaba la garganta, cortándome el galillo... Y al recordar este episodio de mi labor literaria, pienso en que los dos, el célebre médico y el orador preclaro, no se hallan ya en este mundo.

Moret, realmente, no parecía ni débil, ni enfermo, ni menos en peligro de morir. Dijérase, al contrario,

que conservaba, bajo su blanca nieve de anciano, una juventud de movimientos y de carácter extraordinaria. La última vez que le vi, se me cayó al suelo una bolsa, e hizo, para recogerla y entregármela, un quiebro rápido, de hombre ágil, de persona sobre la cual no pesan los años. Y, sin embargo, ahora comprendemos que estaba minada aquella complexión fuerte. Era uno de los dos desertores de la vida, el corazón, lo que existía de gastado en su cuerpo. Todo el que muere, del corazón o del cerebro muere, según dicen. Y este mal insidioso, la *grippe*, que nadie ha definido aún, y que este año hace en Madrid tantas víctimas, sorprendió a Moret como a traición, cuando estaba arreglando los últimos preparativos de su viaje al extranjero, un viaje más, en el cual acrecería el caudal de sus conocimientos vastísimos sobre lo que pasa en Europa. Porque Moret, en efecto, jamás se entregó al reposo, ni se petrificó. Fué siempre estudiante, que es el único medio de ser alguna vez maestro.

Al saber los doctores que Moret tenía la *grippe*, no se alarmaron poco ni mucho. «Vale más que la pase usted aquí, en su domicilio, que en un hotel, allá en Francia» — fué la única precaución que le prescribieron. Y, resignado, Moret se acostó... No debía levantarse ya, ni tardó más de tres días en fallecer.

La *grippe* es un Proteo. Tan pronto parece molestia ligera, pasajera, abatimiento que dos o tres días de cama hacen desaparecer, como se convierte en terrible mal, aunque sus síntomas engañen y suela embozarse siempre. Este año, si es cierto lo que se oye repetir, la *grippe* hace, a la sordina, los mismos estragos que aquel otro año en que, bajo el nombre de *dengue*, asoló a Madrid, y se llevó, entre sus primeras víctimas, a nuestro pobre ruiñón roncalés, a Julián Gayarre. No hay medio de olvidar la triste fecha en que, medio desnudo en la ópera *Los pescadores de perlas*, contrajo Gayarre la enfermedad que no perdona, y cuya primera indicación fué la súbita afonía. «Esto se acabó», exclamó tristemente, entre el asombro del público, que no se explicaba cómo aquellas notas tan divinamente filadas ya no podían salir de la extraordinaria laringe, laringe anómala, femenina, cuya reproducción en cera me enseñó Uruñuela en su gabinete. «Otro año que no fuese el de la *grippe* — me manifestó el ilustre doctor — la enfermedad de Gayarre hubiese sido una bronquitis sin importancia...» Y es que por lo visto la *grippe* aprovecha los puntos flacos, para penetrar por la brecha y arrasar. Por eso es exactísimo el calificativo de *influenza*. Una influencia es, en efecto... Influencia terrible.

Y nadie conoce su origen. No es una infección, o por lo menos no están acordes los sabios en que lo sea, a pesar de su carácter epidémico y contagioso. No es un catarro. No es una fiebre. La *grippe* mansa no produce elevación de temperatura. En resumen, no se sabe a punto cierto en qué consiste, y he aquí la única verdad.

Enlazando la segunda parte de esta crónica con su principio, diré que la votación del Ateneo ha sido muy reñida. Desde la que decidió si había de corresponder la Presidencia de la Sección de Literatura a Fernández Shaw o a mí, no se recuerda otra. Han votado cuatrocientos y pico de socios, y por diferencia de veintidós votos, ha triunfado la candidatura de D. Santiago Ramón y Cajal.

Nadie ignora lo que representa, en el mundo de la ciencia el gran histólogo. Su figura alta y prestigiosa, respetada en Europa entera, es sin duda de las que se han destacado en estos últimos tiempos, en medio de las decadencias y retrasos de la vida española. Nadie puede dejar de inclinarse ante Ramón y Cajal. Todo lo que signifique respeto, admiración, veneración, está por derecho propio otorgado al sabio.

Pero lo curioso del caso es que el sabio, según ayer sonó en la prensa y en todas partes, había retirado su candidatura a la Presidencia de la docta casa, alegando que sus ocupaciones no le permitían consagrarse al cargo con la asiduidad que requería. Y esto creíamos, hasta que la votación empezó a fermentar. A las seis de la tarde, ya se daba por seguro que sería Cajal quien saliese elegido. Una sorpresa flotaba en el aire.

Es curioso ver el Ateneo en día de votación reñida y empeñada. Aquel ambiente, casi siempre silencioso y como adormido, excepto en el saloncillo y en la Biblioteca, donde nunca faltan lectores, está en esos momentos vibrante y caliente, desde el vestíbulo, casi desde la calle. Las escaleras son un continuo vaivén de socios que salen y entran con aire preocupado, indignado, burlón o retador. Un poco de camorra, una excitación motinesca, parece hervir. Se entreoyn cuchicheos, exclamaciones, confidencias, risas, gruñidos de enfado, y cada cual da a la lucha

el carácter de su personalidad, de sus simpatías, de sus ideales... Se creyera, en tales momentos, que el Ateneo concentra la vida española, que es el cerebro de España, como en los tiempos en que ninguna otra colectividad le hacía competencia, y en que, sujeta la prensa por las trabas de la censura, el único desagüe a la impetuosidad del pensamiento fueron las discusiones del Ateneo; en que, después del Parlamento, ninguna influencia pudiera contrarrestar la suya. Y ¿quién duda que esto pudiera ser fácilmente, si todos los días viésemos aquella casa rebosante de animación y de gentío, como la hemos visto ayer, con motivo de la elección presidencial?

Pasando a otro asunto, asaz diferente, diré que el Teatro Real continúa tan sucio, roto, polvoriento y astroso como de costumbre. Unos amigos que viniendo de provincia lo vieron por primera vez, se quedaron atónitos de la paciencia de los abonados, ante aquellas alfombras tan raídas que parecen proceder de una prendería de cuarto orden, y aquellos pisos, que conservaban aún las huellas de las expansiones del Carnaval en los bailes de máscaras. No podían comprender por qué el Teatro, al cual concurre lo más granado de la sociedad madrileña, el Teatro que agrupa la belleza, la aristocracia, el dinero, no está, al menos, barrido y aseado; ya que no se pidan gollerías de bien decorado y refulgente, como sería natural exigir... De escenario afuera y de escenario adentro, da lástima el Real, pero nadie se ocupa, a nadie le importa tres caracoles; con tal de jugar los gemelos, verse y murmurar en los entreactos, lo demás no preocupa. Una barraca les sería indiferente...

Sin embargo... Reflexiono, y cambio un poco de opinión, respecto a la calidad del público. Todos dicen que la composición de la sala, en el Teatro Real, también está muy modificada, y no ventajosamente. Los nombres no son los mismos, ni mucho menos. En otro tiempo, en los últimos de la Regencia y primeros del reinado de Alfonso XIII, en el Real se podía ver a lo más selecto de la sociedad madrileña, a lo que brillaba en todas las esferas, a lo mejor de Madrid. Hoy, sin que dejen de existir tales elementos, la mezcla ha sobrevenido. Mucha mezcla, bastante mosaico. Se han subdividido los turnos; la mayor parte de los abonados tiene el palco cada ocho días; abonados a diario quedan bien pocos. Dentro de la misma subdivisión, han surgido las combinaciones, el abono de dos familias que se asocian. Rara es la noche en que se escucha, «tras el abanico de nácar y oro» una vocecita dulce murmurando:

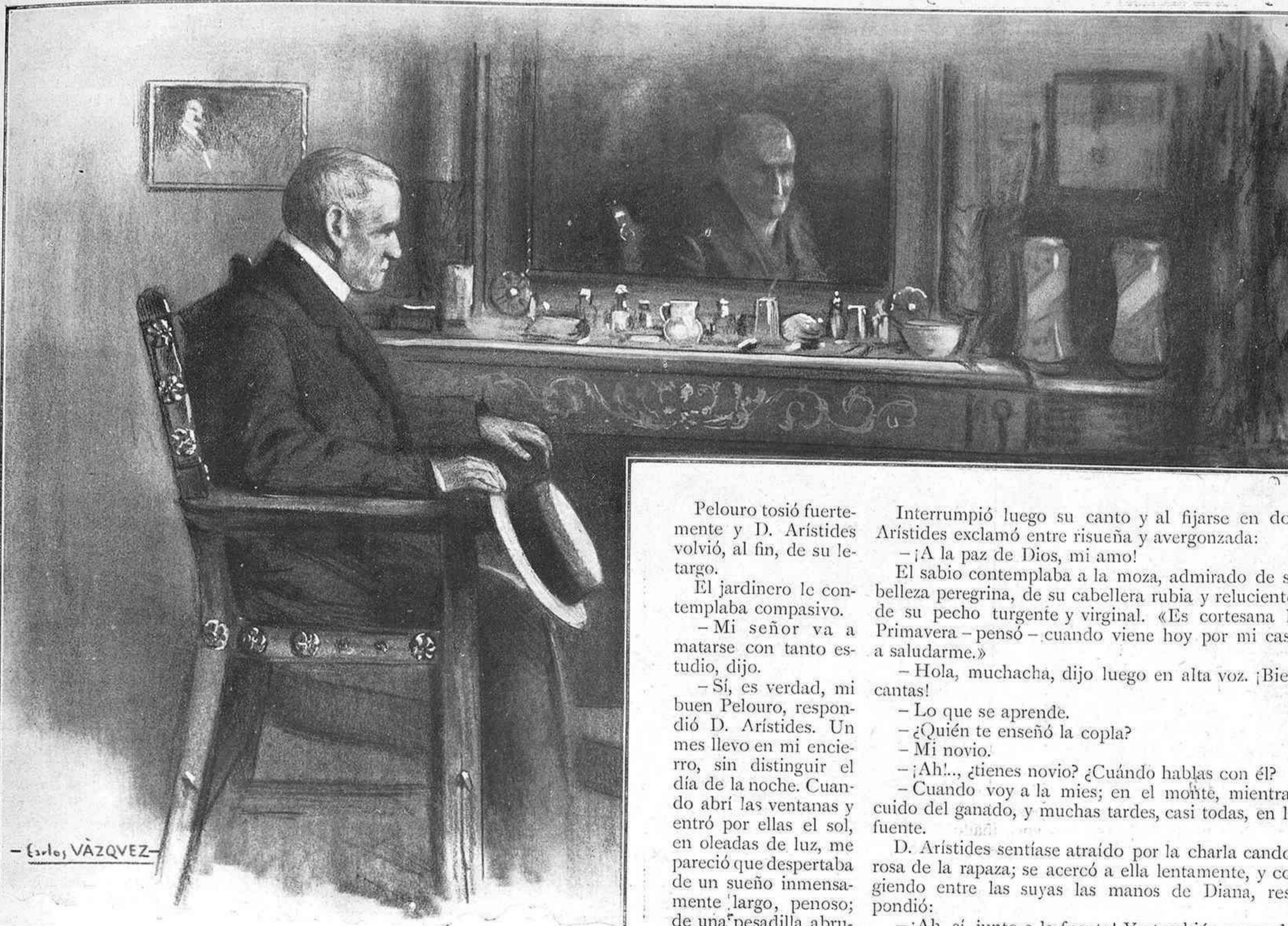
— ¡El teatro está bonito hoy!

Y en cuanto a las compañías..., cada año aflojan, para aflojar los sueldos. De Anselmi y Titta Rufo, han suprimido al primero. Falta el mago y queda el titán..., pero, ¿qué sucederá el día, en que, según se anuncia, el titán se retire? Así es que bebemos su voz, la absorbemos, como se absorbe un aire cálido de arte y de emoción, temblando a la hora en que nos digan «se acabó, no cantará más...» Yo sostendría que Titta Rufo no tiene derecho a retirarse, mientras estén íntegras sus facultades prodigiosas, mientras su genio fulgure como un astro. ¿Por qué ha de privar al mundo de contemplar tantas excelencias como le ha otorgado la naturaleza pródiga? Su voz original, irónica, timbrada de energía de sentimiento; su gesto, siempre artístico y tan expresivo, que en cualquier momento pudiera el pintor o el escultor reproducirlo; ¿por qué han de desaparecer en la penumbra de una vida privada sin gloria, mientras los que le hemos admirado no tendremos sino un recuerdo, una leyenda? ¡Para unos, como Gayarre, la traidora muerte; para otros, como Titta, la obscuridad voluntaria! No es justo, y yo creo que a Titta se le debiera hacer cantar como quería el rey de Prusia que lo hiciese la Patti, por fuerza, con una pistola al pecho. Es lástima no poder aplicar, en estos casos, el sistema coercitivo.

Lo curioso es que el público de las localidades altas del Real está este año severo con Titta. No le perdona nada; tiene de antemano la pauta por la cual ha de cantar el soberano artista, y le regatea el aplauso si no responde a lo dispuesto por sus espectadores. Yo, que no asisto al teatro, he podido, sin embargo, estudiar esta psicología del público, con sólo aplicar al oído un receptor del teléfono. La voz poderosa llega bastante desfigurada a mis oídos, pero así y todo, hay momentos sublimes en que el estremecimiento de lo bello sobrecoge. En *Rigoletto*, en *Payasos*, la voz tiene lágrimas, sollozos, rabia, furia... ¡Y esta voz ha de enmudecer! ¡Y este hombre se ha de ir a plantar coles o rosas, a cuidar palomos o gallinas! No lo permita la Providencia. Ojalá le quite algún Arsenio Lupín sus millones, para que se vea en la precisión de volver a ganarlos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA CASA EN SILENCIO, CUENTO DE FEDERICO TRUJILLO, dibujo de Carlos Vázquez



- Carlos VÁZQUEZ -

Un espejo antiguo reflejaba su cara triste

Por todo el lugar corría de boca en boca el nombre del sabio D. Aristides. Para aquellos palurdos pueblerinos, acostumbrados a su vida tirada a cordel, el retorno a sus lares, del eminente médico, revestía los caracteres de un acontecimiento nunca visto. Hubo gran revuelo en la aldea gallega: fiestas en honor y para agrado del ilustre físico; músicas de gaitas bajo las copas de los castaños; pólvora a granel, y hasta una solemne función de iglesia: poco faltó para que D. Aristides fuera colocado entre los santos de la parroquia lugareña. Y cuando por las calles y los campos paseaba el héroe de mi historia, contemplábanle estupefactos los rapaces, saludábanle ceremoniosos los labriegos y rumiaban con temor religioso las viejas: «¡Es meigo! ¡Es meigo!» En tanto, el sabio proseguía su ruta pensativo, con su quitasol rojo bajo el brazo y la vista fija en el horizonte, como si en él buscara la solución de sus problemas científicos.

De perlas parecíanle al médico aquel amor y respeto de sus conterráneos y el ambiente campesino, quieto e idílico de la aldea, con su olor de flores tempranas, el retumbar lejano del Miño y el piar de pájaros nuevos en la fronda.

Así las cosas, el cincuentón doctor abandonó sus cotidianos paseos para entregarse en cuerpo y alma al estudio. Para el invierno quería terminar su obra «El alma de las plantas» y pasábase las noches en claro y los días en turbio, reuniendo datos referentes al nenúfar, esa flor que, según su conveniencia, se oculta bajo el agua o aparece en la superficie; a la *Mimosa pudica*, sensible como una damisela, y tantas otras especies que se diría, evocando la infantil leyenda de los silfos, guardan en sí un diminuto espíritu.

Una mañana de mayo, Pelouro, el hortelano y jardinero de D. Aristides, penetró en la habitación del sabio. Éste dormitaba. Sobre la mesa de estudio ardió el quinqué, al que rodeaban, en gran desorden, cuartillas llenas de letras borrosas y frascos que ostentaban nombres exóticos.

tranquilo de la vida: mi obra está terminada y he de decir como Dios: «¡Y vi que era buena!» ¿Las flores, las plantas tienen alma? En mi segundo tomo daré la solución. Yo, como Prometeo, robaré al cielo la divina llama.

Pelouro no entendía ni una palabra del discurso y miraba al sabio con terror supersticioso.

— ¿Qué me querías?, preguntó después el doctor.

— Ya sabe usted, contestó el jardinero, que, Dios mediante, seré padre por quinta vez. El momento se acerca y espero, mi amo, que nos asista con su ciencia en este trance.

El doctor asintió secamente, volviendo a enfrascarse en sus estudios. Cuando se hubo retirado el campesino se asomó a la ventana para contemplar el jardín. El sol calentaba la venerable cabeza del gran hombre y doraba las cimas de los montes lejanos y las copas de los árboles. La hierba, que servía de tapiz al campo, estaba profusamente esmaltada de margaritas. Todo florecía, todo germinaba en el jardín y en los campos. La primavera, sonriente y seductora, bendecía la tierra. El sabio aspiraba con fuerza el ambiente perfumado. Una extraña sensación de placer se apoderaba de su espíritu al percibir estos perfumes y aquel sol tibio, que bañaba su cuerpo. ¡Triste vida la suya! Ni un instante de placer, ni una hora de amor y ventura. Siempre los libros cautivándole, escatimándole los minutos de ocio y alegría.

Estaba en estas tristes cavilaciones D. Aristides, cuando entró en la habitación Diana, la sobrina del jardinero, alegre y cantarina. Sin fijarse en su amo, comenzó a colocar el desayuno sobre la mesa y, mientras, cantaba:

Los árboles dan fruto
y mis rosales flor,
la molinera nenes
rubitos como el sol.
¡Ay, mi amor!
¡Ay, mi amor!
Los árboles dan fruto
y mis rosales flor.

Pelouro tosió fuertemente y D. Aristides volvió, al fin, de su letargo.

El jardinero le contemplaba compasivo.

— Mi señor va a matarse con tanto estudio, dijo.

— Sí, es verdad, mi buen Pelouro, respondió D. Aristides. Un mes llevo en mi encierro, sin distinguir el día de la noche. Cuando abrí las ventanas y entró por ellas el sol, en oleadas de luz, me pareció que despertaba de un sueño inmensamente largo, penoso; de una pesadilla abrumadora, llena de pavorosos fantasmas y de terribles alucinaciones. Hoy ya puedo gozar

de una vida tranquila y he de decir como Dios: «¡Y vi que era buena!» ¿Las flores, las plantas tienen alma? En mi segundo tomo daré la solución. Yo, como Prometeo, robaré al cielo la divina llama.

Pelouro no entendía ni una palabra del discurso y miraba al sabio con terror supersticioso.

— ¿Qué me querías?, preguntó después el doctor.

— Ya sabe usted, contestó el jardinero, que, Dios mediante, seré padre por quinta vez. El momento se acerca y espero, mi amo, que nos asista con su ciencia en este trance.

El doctor asintió secamente, volviendo a enfrascarse en sus estudios. Cuando se hubo retirado el campesino se asomó a la ventana para contemplar el jardín. El sol calentaba la venerable cabeza del gran hombre y doraba las cimas de los montes lejanos y las copas de los árboles. La hierba, que servía de tapiz al campo, estaba profusamente esmaltada de margaritas. Todo florecía, todo germinaba en el jardín y en los campos. La primavera, sonriente y seductora, bendecía la tierra. El sabio aspiraba con fuerza el ambiente perfumado. Una extraña sensación de placer se apoderaba de su espíritu al percibir estos perfumes y aquel sol tibio, que bañaba su cuerpo. ¡Triste vida la suya! Ni un instante de placer, ni una hora de amor y ventura. Siempre los libros cautivándole, escatimándole los minutos de ocio y alegría.

Estaba en estas tristes cavilaciones D. Aristides, cuando entró en la habitación Diana, la sobrina del jardinero, alegre y cantarina. Sin fijarse en su amo, comenzó a colocar el desayuno sobre la mesa y, mientras, cantaba:

Los árboles dan fruto
y mis rosales flor,
la molinera nenes
rubitos como el sol.
¡Ay, mi amor!
¡Ay, mi amor!
Los árboles dan fruto
y mis rosales flor.

Interrumpió luego su canto y al fijarse en don Aristides exclamó entre risueña y avergonzada:

— ¡A la paz de Dios, mi amo!

El sabio contemplaba a la moza, admirado de su belleza peregrina, de su cabellera rubia y reluciente, de su pecho turgente y virginal. «Es cortesana la Primavera — pensó — cuando viene hoy por mi casa a saludarme.»

— Hola, muchacha, dijo luego en alta voz. ¡Bien cantas!

— Lo que se aprende.

— ¿Quién te enseñó la copla?

— Mi novio.

— ¡Ah!..., ¿tienes novio? ¿Cuándo hablas con él?

— Cuando voy a la mies; en el monte, mientras cuido del ganado, y muchas tardes, casi todas, en la fuente.

D. Aristides sentíase atraído por la charla cándida de la rapaza; se acercó a ella lentamente, y cogiendo entre las suyas las manos de Diana, respondió:

— ¡Ah, sí, junto a la fuente! Yo también recuerdo una historia amorosa de mi juventud. Ella era rubia y como tú lozana y gentil. En sus ojos celestiales me miraba, y eran azules, claros, cual el espejo immaculado de la fuente. ¡Amores poco duraderos fueron los míos!.. Y tu novio te querrá mucho, ¿verdad?

Diana temblaba y no sabía qué responder.

— No me extraña, prosiguió el fauno. Eres hermosa. Nunca me has parecido tan bella como ahora. Ven aquí, cerca del sol, que te vea bien. ¡Cuánto has crecido!.. Ya no eres aquella mocueta que estropeaba mis cachivaches científicos; eres una mujercita preciosa y casadera.

Este idilio fué cortado por la voz del Gorrión, novio de Diana, que entró de mal talante gritando:

— ¡D. Aristides, que la Juana está peor! ¡Vaya corriendo!

El trasnochado galán tuvo que abandonar su conquista y salir precipitadamente de la habitación, no sin haber cogido antes su estuche de cirugía.

Quedaron solos el Gorrión y Diana, y entre los dos se entabló el siguiente diálogo:

— Oye, Diana, ¿por qué te fuiste fuera de casa?

— Mandólo el tío, apenas apuntó el día.

— Hoy aumenta la familia.

— ¡Voy a tener otro primo! ¡Y con éste van cinco! ¡Si pariera tanto la vaca!..

Luego los rapaces, curiosos, aplicáronse a oír lo que en el cuarto vecino pasaba. Ambos, oído en tierra, trataban de sorprender el sublime secreto. Eva y Adán querían comer de la fruta del árbol de la ciencia.

De la planta baja llegaban al cuarto de D. Aristides quejas dolorosas y continuas, y un momento después se oyó el llanto del recién nacido.

Diana, saltando, gritó alegremente:

— ¡Ya está ahí el nene! ¡Ya está ahí el nene! ¡No le conozco y ya le quiero!

— ¿Y por qué le quieres?

— ¿Qué sé yo?.. Porque los niños son tan bonitos, tan pequeños... Ponen una cara tan salada cuando hacen un pucherín. Yo cada vez que hay uno en casa estoy más contenta que si me regalaran una muñeca.

— Tonta, ¿aun piensas en las muñecas?

— Mira, vámonos fuera a jugar. El rosal tiene flores nuevas y la gallina seis pollitos.

El Gorrión y Diana se fueron al jardín, sin acordarse del enamorado D. Aristides. Cuando éste subió a su gabinete de trabajo, se hallaba profundamente conmovido. La Naturaleza se mostraba fecunda y vigorosa en torno suyo; nunca había sentido una necesidad tan intensa de vivir sin estudios ni cavilaciones. El deseo de amar y ser amado flagelaba su espíritu. Buscó a Diana y la vió en el jardín jugando con su novio. Este gritaba:

— Si te cojo, ¿pagas prenda?

— ¡Un alfiler!, respondía entre grandes risotadas la moza.

— No. ¡Un beso! ¡Un beso!, insistía el Gorrión estrechando a su prometida entre los brazos.

El sabio cayó en su sillón de estudio como llevado por un poder fatal.

Frente al sabio, un enorme espejo antiguo reflejaba su cara triste y llena de arrugas y parecía decirle burlón: «¡Ya es tarde! ¡Ya es tarde!..»

Fuera, Diana hacía sonar el cascabel de su risa loca.

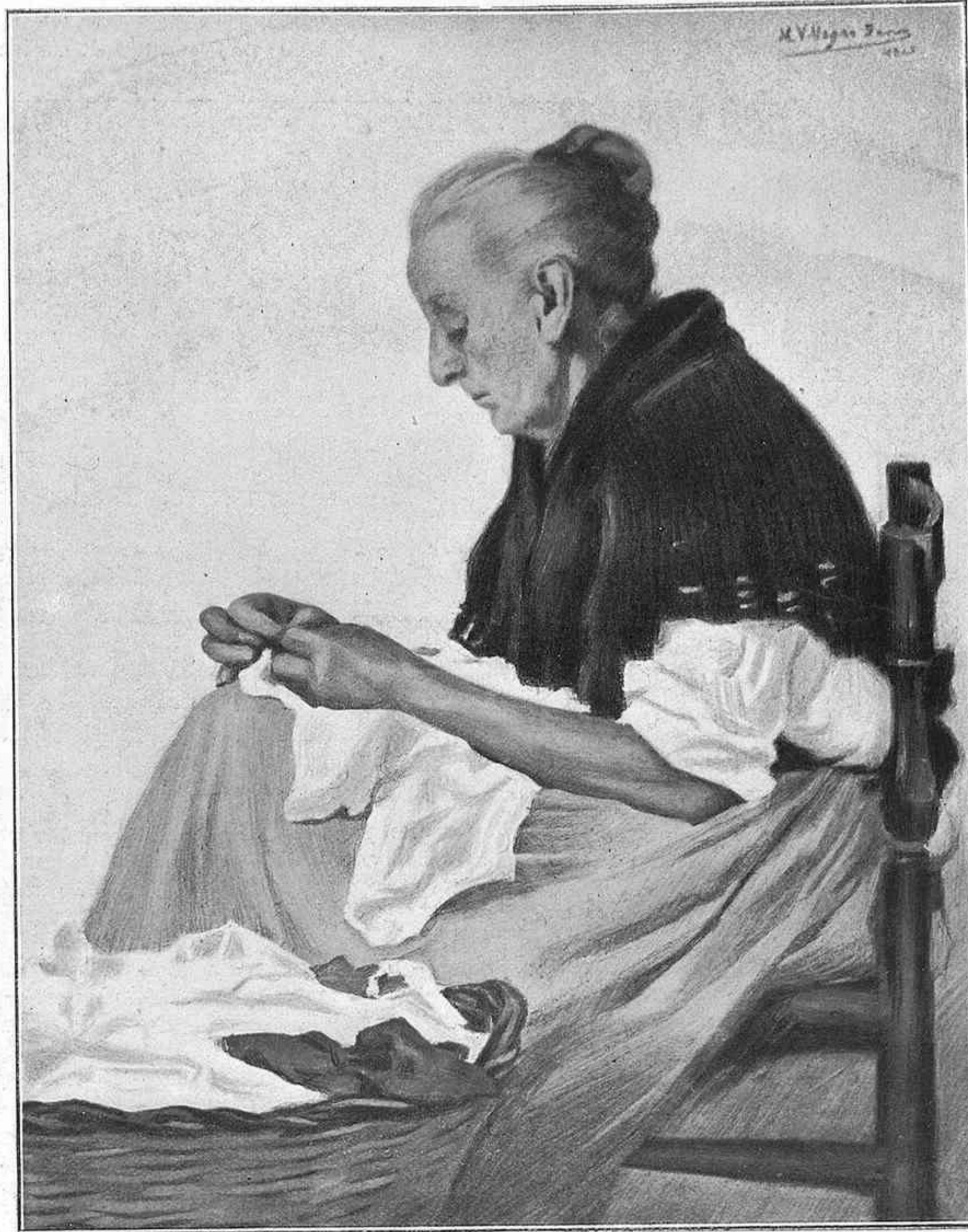
EPÍLOGO

El invierno llegó. El Gorrión y Diana se casaron. D. Aristides hizo muy bien su papel de padrino. El día fué de holgorio y la boda de rumbo. Hubo de todo: coplas y vino, y lacón con grelos, alternando con asado de aves y ricos pescados. Item más; dulces, licores y puros buenos de la Habana, que se trajeron de la Villa. Y pasados los primeros meses de la luna de miel, Pelouro el hortelano y toda la parentela fuéronse a la capital en busca de mejor acomodo, que en la aldea no había pan para familia tan numerosa. Al partir dejaron a D. Aristides triste y solitario, con su vejez, sus achaques y sus libros.

Y cuéntase que, años después, cuando D. Aristides publicó su libro «El alma de las plantas», los sesudos miembros de la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales se asombraron

del estilo romántico del prólogo, que tenía cierto dejo de tristeza y una tendencia poéticamente sensual, como la del «Cantar de los Cantares» del rey sabio.

quisición con destino a la Galería Nacional de Roma. Después de largas negociaciones el cuadro ha sido adquirido por el Estado por 25.000 liras.



Repasado la ropa, cuadro de M. Villegas Brieva

Villegas Brieva nació en Lérida y cursó la pintura en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Sus méritos y su aprovechamiento le valieron la plaza de pensionado en Roma y París. Después desempeñó el cargo de profesor en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona y posteriormente obtuvo igual cargo en la de Madrid.

Comenzaba así:

«¡Salud, albas flores de los almendros; claveles, rojos como bocas femeninas; pensamientos, de rostros meditabundos; azucenas, nardos, blancas florecillas de los naranjos: flores de olor y de pureza; desmayadas rosas de te, místicas pasionarias!.. ¡Salud, flores y plantas de la Naturaleza!.. Yo quiero sorprender el hábito de Dios entre vuestros pétalos de olorosa seda, y he de ver los diminutos espíritus que os mueven hacia el amor y presiden vuestras divinas cópulas. Yo sé un poco de estos sacros misterios, porque una mañana de mayo entró en mi gabinete de trabajo la Primavera, inundó de luz del sol y de flores de todas clases... ¡Y ella se fué y mi casa quedó en silencio!..»

MARCO POLO DELANTE DEL GRAN KHAN DE TARTARIA, CUADRO DE T. CREMONA.

Una de las obras más interesantes de la Exposición póstuma del célebre pintor italiano Cremona, que estuvo instalada primero en Venecia y luego en Milán, es sin duda alguna el cuadro que adjunto reproducimos. Este lienzo fué pintado en 1850 en Milán, en el estudio de Bertini, y cuando se trató de organizar la citada exposición veneciana, costó gran trabajo encontrarlo. Decíase que el cuadro había formado parte de la notable colección Vonwiller, que se vendió en pública subasta; pero en realidad no era así, sino que la tela estaba en poder de un particular de Nápoles, el Sr. Cosenza, quien la facilitó para la exhibición.

El Marco Polo, de Cremona, que el público no conocía, fué una revelación y la Comisión encargada de las compras por cuenta del gobierno propuso su adquisición con destino a la Galería Nacional de Roma. Después de largas negociaciones el cuadro ha sido adquirido por el Estado por 25.000 liras.



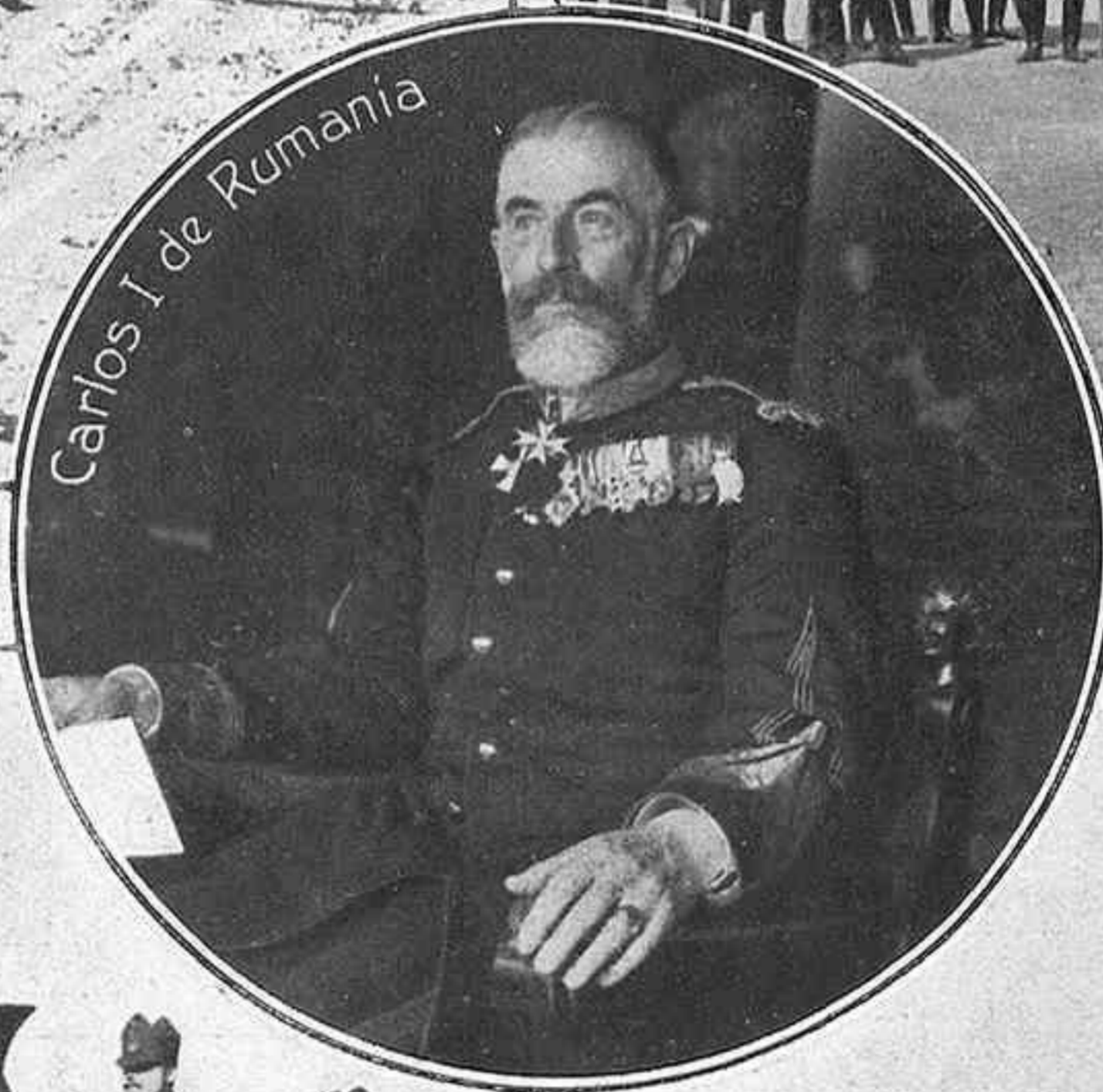
Marco Polo delante del Gran Khan de Tartaria, cuadro de Tranquillo Cremona adquirido por el Estado italiano para la Galería Nacional de Arte Moderno (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)



NUEVOS RECLUTAS DIRIGIÉNDOSE AL CUARTEL



INFANTERÍA. RECLUTAS PRESTANDO JURAMENTO



Carlos I de Rumania



ARTILLERÍA EN EJERCICIO



ARTILLERÍA EN MARCHA



UN PELOTÓN DE CABALLERÍA



CONVOY MILITAR

En nuestras crónicas de la guerra hemos hablado oportunamente del conflicto búlgaro-rumano que, por un momento, llegó a constituir un verdadero peligro para la paz europea. Rumania, que no había querido tomar parte en la lucha de los Estados balcánicos contra Turquía, formuló, cuando se iniciaron las negociaciones de la paz en Londres, exigencias territoriales que redundaban en daño de Bulgaria y que produjeron pésimo efecto en Europa por las cir-

cunstancias en que habían sido formuladas; y para apoyar sus pretensiones en el terreno de las armas, si llegaba el caso de apelar a este medio, comenzó la movilización de su ejército. Afortunadamente el conflicto está en vías de solución pacífica y todo hace esperar que Rumania y Bulgaria, una vez terminada la guerra contra Turquía, arreglarán amistosamente las diferencias que entre ambos Estados existen.

LA GUERRA DE ORIENTE

LAS HOSTILIDADES

POSIBILIDAD DE NUEVAS NEGOCIACIONES DE PAZ



Soldados búlgaros transportando materiales para fortificar sus trincheras delante de Andrinópolis



Avanzada búlgara delante de Andrinópolis
(De fotografías de M. Branger.)

Todas las operaciones militares realizadas desde que se reanudaron las hostilidades apenas han modificado la situación de los beligerantes. No ha habido ningún hecho de armas decisivo ni siquiera de mucha importancia; y acerca de los que

nes y al frente de mis tropas efectuaré una salida en masa para pelear hasta que me quede un hombre. Y no me cogerán vivo; la última bala de mi revólver será para mí.»

En la península de Galípoli, además del combate de que dimos cuenta en la crónica anterior y en el que los turcos perdieron, según parece, 5.000 hombres, trabóse otro el día 8 en el que también sufrió el ejército otomano una tremenda derrota, con enormes pérdidas, que se calculan en 6.000 muertos, doble número de heridos y gran cantidad de armas y municiones.

En las líneas de Tchatalcha los búlgaros no han sido tan afortunados, pues si bien han rechazado varios ataques de su adversario, no han podido avanzar de sus antiguas posiciones y aun se han visto hostilizados por el fuego de dos buques de guerra turcos, que les ha causado numerosas bajas.

Prosigue el bombardeo de Janina por los griegos, quienes han logrado apagar los fuegos de alguno de los fuertes que protegen la plaza. Noticias de origen turco afirman que el ejército heleno fué derrotado el día 3 al intentar un ataque contra Janina, viéndose obligados a retirarse, con pérdida de 1.800 hombres. Estas noticias han sido rotundamente desmentidas por el ministro de la Guerra griego, quien, en cambio, ha publicado un despacho del general en jefe, expedido en Filipiades el día 10, comunicando que los turcos habían sufrido pérdidas considerables de hombres y material de guerra al intentar la ocupación de una posición importante.

Los montenegrinos que sitian Eskutari han recibido recientemente el refuerzo de una parte del ejército serbio acampado en Durazo, con lo cual las operaciones contra aquella plaza han entrado en un nuevo período de vigorosa actividad. Los aliados han ocupado nuevas e importantes posiciones, entre ellas el

El combate que terminó el día 8 con la toma del pequeño Bardagnole, en donde los turcos habían concentrado veinte batallones y que fué tomado por los serbio-montenegrinos a la bayo-



El general turco Izzet-bajá, que ha sido llamado del Yemen para tomar el mando supremo del ejército otomano. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)



El tsar Fernando de Bulgaria conversando con las señoras de la Cruz Roja francesa. (De fotografía de M. Branger.)

han ocurrido es difícil formarse concepto de su verdadera significación, pues las noticias que de ellos nos llegan son siempre contradictorias atribuyéndose la victoria cada una de las partes contendientes.

Esto no obstante, la ventaja, si alguna existe hasta ahora en este segundo período de la lucha parece ser, en general, para los aliados.

Siguen los búlgaros bombardeando Andrinópolis y continúan los defensores de ésta resistiéndose valientemente; creen aquéllos que la rendición de la plaza es inminente, y el Gobierno turco insiste en afirmar que los sitiados tienen víveres y municiones suficientes para prolongar la resistencia durante muchas semanas. Y en cuanto al espíritu que en Andrinópolis reina, puede dar idea de él, en caso de ser auténtico, un aerograma que, según el *Standard*, de Londres, ha recibido la Sublime Puerta del comandante general de la plaza, Chukri-bajá, quien afirma su resolución de no rendirse y añade: «Cuando no me quede otro recurso mataré a todos los cristianos que haya en la ciudad y que ascienden a 40.000; luego confiaré las mujeres y los niños a los cónsules; después volveré contra la plaza los cañones de los fuertes y no dejaré en Andrinópolis piedra sobre piedra; clavaré la artillería, volaré los parques de municio-



El generalísimo búlgaro recibiendo, de hora en hora, por teléfono noticias del bombardeo de Andrinópolis. (De fotografía de M. Branger.)

grande y el pequeño Bardagnole, y en algunos de sus ataques se han acercado hasta 200 metros de las trincheras enemigas.

su viaje sea recabar de las grandes potencias su intervención a fin de que sea un hecho la paz lo más pronto posible. - R.

nete, duró tres días y costó a éstos 2.500 muertos y 4.000 a los turcos. El día 9 una columna montenegrina se apoderó de las primeras trincheras turcas del

monte Tarabosch que, como es sabido, constituye la principal defensa de Eskutari. De Constantinopla han salido fuerzas considerables con destino a Rodosto y Galípoli; estas fuerzas, que se dice van mandadas por Enver-bey y una parte de las cuales ha desembarcado ya, están destinadas, según parece, a amenazar el flanco y la retaguardia de los búlgaros en Galípoli y Tchatalcha. Los búlgaros, en evitación de esto, se han retirado a sus antiguas posiciones de Tchatalcha y a esto se deben seguramente las noticias de supuestas derrotas sufridas por ellos que se han recibido de procedencia otomana.

A pesar de sus pretendidos éxitos, los turcos hacen trabajos para que se reanuden las negociaciones de la paz. A este efecto el exvisir Hakkibajá ha salido de Constantinopla con dirección a Londres y con el propósito de visitar París, Berlín y Viena.

En los círculos oficiales turcos se afirma que Hakkibajá lleva una misión puramente oficiosa; pero lo más probable es que el objeto de su viaje sea recabar de las grandes potencias su intervención a fin de que sea un hecho la paz lo más pronto posible. - R.



entre sí por su naturaleza y por sus costumbres. Eduardo Chicharro ha obtenido en todas las exposiciones del mundo las más altas recompensas y es considerado por la crítica extranjera como uno de los más firmes y genuinos representantes del arte español contemporáneo. Su nombramiento de director de la citada academia es un gran acierto y ha sido recibido con unáni-

El capitán Scott y sus compañeros el capitán Oates, el teniente Bowers, el subteniente Evans y el doctor Wilson, llegaron, como hemos dicho, al polo el día 12 de enero de 1912, emprendiendo poco después su regreso. El teniente Evans sufrió una caída y a consecuencia de ella falleció el día 17 de febrero. Los demás expedicionarios continuaron su marcha; pero el capitán Oates apenas podía seguirlos porque tenía los pies y las manos heladas, lo que le



El ilustre pintor Eduardo Chicharro, que ha sido nombrado director de la Academia de Bellas Artes Española de Roma. - Estudio de Eduardo Chicharro en Roma. (De fotografías de Asenjo.)

EDUARDO CHICHARRO

Este rotante pintor madrileño, recientemente nombrado director de la Academia de Bellas Artes Española de Roma, es harto conocido en el mundo del arte para que sea necesario trazar su biografía ni señalar los triunfos que en su brillante carrera ha conseguido. A partir de las memorables oposiciones a la pensión de Roma, en 1900, en las que Chicharro venció en noble lid a competidores de tantos méritos como Sotomayor y Benedito, su personalidad artística fué adquiriendo mayor relieve, a medida que se desposeía de la influencia del arte de sus maestros, Domínguez y Sorolla. Su estancia en Roma fué interrumpida por frecuentes viajes a otros puntos de Italia y a varias capitales del extranjero, habiendo visitado sucesivamente Francia, Holanda, Bélgica, Tur-

me aplauso, pues en Chicharro se hermanan sus grandes talentos de artista con sus excepcionales dotes de maestro y sus vastos y sólidos conocimientos de erudito.

TRÁGICO FIN DE LA MISIÓN SCOTT

Ha causado profunda emoción en todo el mundo científico la noticia de la trágica muerte del célebre explorador capitán Scott y de algunos de sus compañeros. Scott había conseguido llegar al polo Sur el 18 de enero de 1912, un mes después que Amundsen, y cuando efectuaba su regreso, una terrible tempestad le sorprendió, poniendo un final terrible a aquella gloriosa expedición. El primer viaje de Scott al polo Sur se remonta a 1902; en aquel entonces, acompañado del célebre Shackleton, alcanzó la altura 82° 17', descubriendo la gran muralla de hielo, esa vasta llanura que se extiende entre las montañas de la tierra Victoria y las de la tierra Eduardo VII y demostrando que aquella era la mejor vía hacia el polo. Además descubrió la bahía de las Ballenas, pudiendo afirmarse que estos descubrimientos de Scott permitieron a Amundsen años después conseguir su objeto, puesto que la bahía de las Ballenas fué su base y su punto de partida y la muralla de hielo su camino. Scott emprendió un nuevo viaje en 1910 con el doble propósito de llegar al polo y de proseguir sus investigaciones científicas. Su buque, el *Terra Nova* le condujo a la bahía Mac Murdo y luego regresó a Nueva Zelanda; dos años después volvió a la citada bahía para recoger al explorador, pero éste no estaba allí, porque había preferido permanecer un año más en el Antártico, habiendo dejado la orden de que el *Terra Nova* volviese por él al año siguiente. Los miembros de la expedición que se habían quedado en Mac Murdo, al ver que su jefe no regresaba en la época fijada, decidieron ir en su busca y organizaron dos grupos mandados respectivamente por el médico Atkinson y por mister Wright con provisiones para tres meses. Este último grupo, el 12 de noviembre del año pasado, encontró en una tienda de campaña los cadáveres del capitán Scott y de sus compañeros Wilson y Bowers y recogió un diario y un mensaje escritos por el primero. En el diario se describen minuciosamente los contratiempos de la expedición; de él tomamos los siguientes datos.

ocasionaba horribles sufrimientos. El 16 de marzo, Oates salió de la tienda diciendo a sus compañeros que probablemente tardaría en volver. «No debíamos verle más, escribe el capitán Scott. Estábamos convencidos de que iba en busca de la muerte pero aunque hubiésemos tratado de contenerle, habría sido inútil, pues sabíamos que obraba como hombre valiente y como *gentleman inglés*.» Scott, Wilson y Bowers continuaron su ruta, en medio de un frío terrible y de un viento huracanado. Los víveres se agotaban y faltaba el combustible; pero a 15 kilómetros del depó-



Trágico fin de la expedición Scott. - La esposa del capitán Scott a bordo del *Terra Nova* antes de emprender este buque su viaje al polo Sur. A su derecha el capitán Oates y a su izquierda el teniente Bowers, miembros de la expedición que han perecido con el capitán Scott. (De fotografía de L. N. A. Photo.)

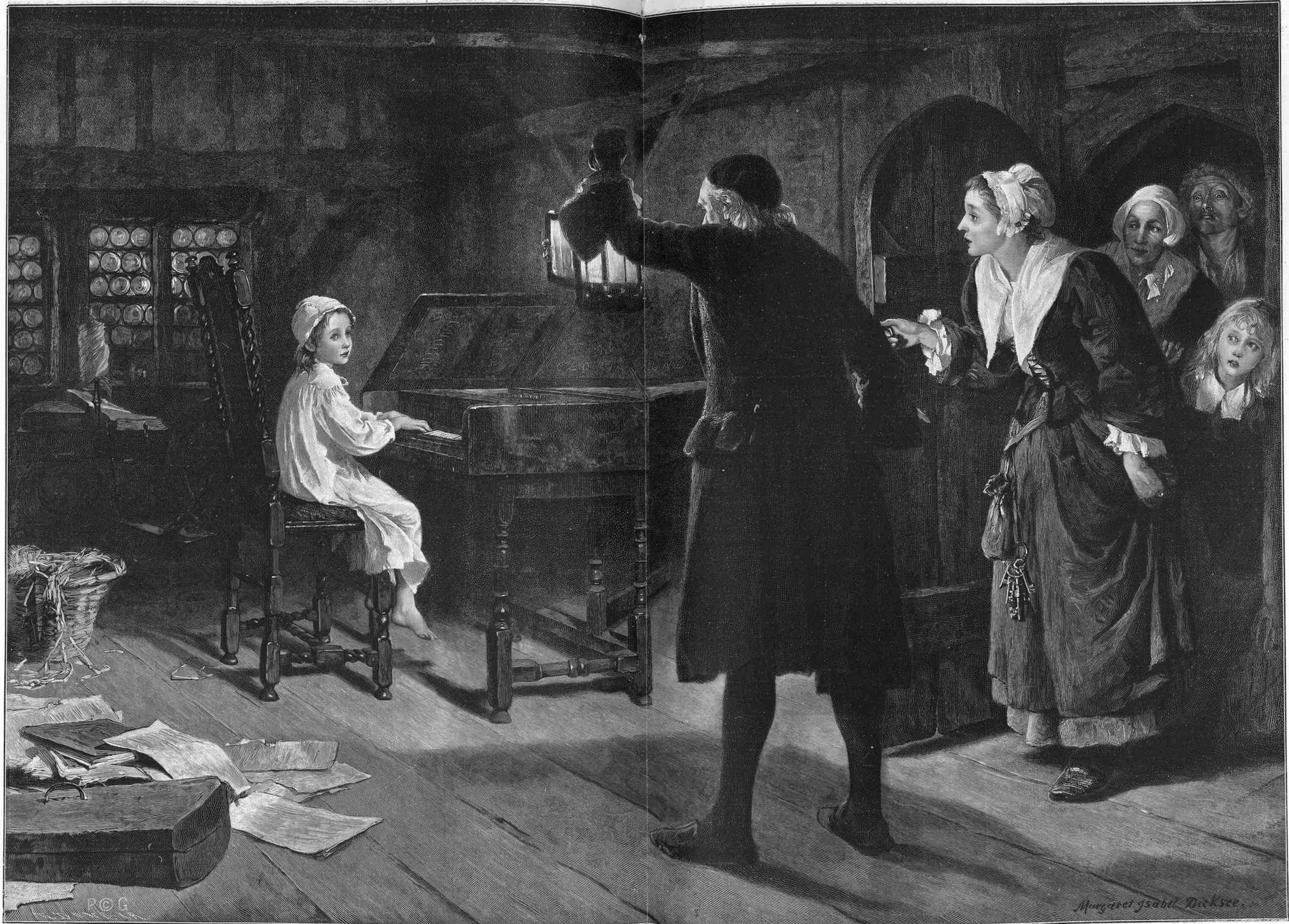


El capitán Scott, que ha muerto trágicamente después de haber llegado al polo Sur. (Fot. de L. N. A. Photo.)

sito de One Tu encontraron algunas provisiones que les permitieron abrigar la esperanza de poder llegar al citado campo de aprovisionamiento de One Tu. Por desgracia sobrevino un fuerte huracán que impidió a los tres exploradores salir de la tienda. Entonces el capitán Scott, previendo su próxima muerte, escribió el mensaje que el doctor Atkinson debía encontrar sobre su cadáver y cuyos últimos párrafos dicen así: «Estamos débiles; nos es difícil sostener la pluma entre los dedos, pero por mi parte no siento haber acometido esta empresa, que demuestra que los ingleses pueden arrostrar terribles pruebas, ayudarse entre sí y mirar cara a cara a la muerte con tanto valor como en lo pasado. »Hemos corrido peligros; sabíamos que los corríamos. Las cosas se han vuelto contra nosotros; no debemos, sin embargo, quejarnos, sino inclinarnos ante la decisión de la Providencia, resueltos a cumplir nuestro deber hasta el fin. »Si hubiésemos vivido, yo habría relatado una historia de valor, de resignación de mis compañeros, que habría conmovido el corazón de todos los ingleses. »Estas notas rudas y nuestros cadáveres referirán esta historia, y estoy seguro de que un país rico y grande como el nuestro cuidará de aquellos que quedan después de nosotros.» Este mensaje lleva la fecha de 25 de marzo de 1912 y es de suponer que Scott y sus compañeros murieron aquel mismo día.

quía y Grecia y sacado provechosas enseñanzas de sus estudios en los museos y de sus visitas a aquellos países tan distintos

En el diario se describen minuciosamente los contratiempos de la expedición; de él tomamos los siguientes datos.



HAENDEL NIÑO, CUADRO DE MARGARITA ISABEL DICKSEE, GRABADO POR BONG

Haendel, el gran compositor alemán, demostró desde sus más tiernos años una pasión irresistible por la música. Su padre, cirujano de Halle, quería destinarlo a todo trance a la carrera jurídica y para combatir sus aficiones musicales le privó en absoluto de todos los libros e instrumentos que pudieran contribuir a fomentarlas. Pero el niño Haendel había descubierto en el desván de su casa un viejo clavicordio y allí, a escondidas de los suyos, llegó, a fuerza de estudios, a tocar regularmente aquel instrumento a pesar de su ignorancia de toda regla musical, ignorancia que llegaba hasta el desconocimiento de las notas. Una noche fué descubierto por su familia y es de suponer que en vista de la insistencia del músico precoz desistió de su oposición. Cuando el pequeño Haendel contaba sólo ocho años fué con su padre a la corte del duque de Sajonia Weisenfels, quien se encargó de su educación musical, confiándole al célebre organista Zachau.

EL GENERAL MARIO G. MENOCAL

NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CUBA

En las elecciones recientemente efectuadas en Cuba ha triunfado la candidatura del general Mario G. Menocal para la presidencia de la República durante el cuatrienio de 1913 a 1917.



El general D. Mario G. Menocal, elegido presidente de la República de Cuba en el cuatrienio de 1913 a 1917. (De fotografía.)

Este eminente político antillano, muy admirado y querido de sus compatriotas, nació en 1866 de una distinguida familia de Matanzas y se educó en los Estados Unidos, obteniendo el título de ingeniero civil en la Universidad de Cornell, establecida en Ithaca, Estado de Nueva York.

Aunque joven, es antiguo en la política de su país, en la que figura desde hace muchos años.

Al terminar la guerra con España, en la que tomó parte muy activa, y durante la ocupación de la isla por los Estados Unidos, fué nombrado jefe de Policía de la Habana, pasando luego a la Inspección general de Obras Públicas. En ambos cargos prestó eminentes servicios a su patria, y durante aquel período trabajó con empeño para que moderados y liberales se avinieran, a fin de evitar la vergüenza de la intervención yanqui; pero cuando se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, retiróse, en 1899 de la política para dedicarse a empresas comerciales y agrícolas, encargándose entonces de la gerencia del Gran Central Chaparra, el ingenio más grande del mundo, y consiguiendo en aquel negocio, que todavía actualmente dirige, una envidiable prosperidad.

Sus amigos políticos, que siempre han tenido gran confianza en sus dotes de mando, presentaron, en 1908, su candidatura para la presidencia de la República frente de la de don José Miguel Gómez, siendo en aquel entonces derrotado.

Ahora han vuelto a presentarle y su nombre ha triunfado, a pesar de que ni él ni sus adeptos han hecho ninguna campaña de propaganda electoral.

El nuevo presidente, por sus talentos, por el alto concepto que tiene del deber y de la justicia y por los relevantes servicios que ha prestado a su patria, goza de alto prestigio entre las clases directoras de Cuba, que confían en que su gestión política ha de ser en extremo beneficiosa para la República.

Según la prensa cubana, el programa del presidente Menocal puede resumirse en los siguientes términos: reglamentación de los gastos de administración; rebaja de la tarifa sobre artículos de primera necesidad; mejor distribución de los impuestos; más estrechez de relaciones entre los Estados Unidos y Cuba; estricto cumplimiento de las obligaciones internacionales; salvaguardia de la soberanía de la República e impulso a la agricultura y a la inmigración.

SAN PETERSBURGO. - CONCURSO DE TRINEOS AUTOMÓVILES

Organizado por el Real Automóvil Club de San Petersburgo, se ha celebrado recientemente en aquella capital un concurso de trineos automóviles, en el que tomaron parte tres trineos

con hélices aéreas, el del conde de Lesseps, el *Duks* tripulado por el aviador Lebedeff y el construido en los astilleros del Báltico que adjunto reproducimos, y además un vehículo del Sr. Kegress, consistente en un chasis-automóvil transformado en trineo, con patines en la parte delantera y rieles en vez de ruedas en la trasera.

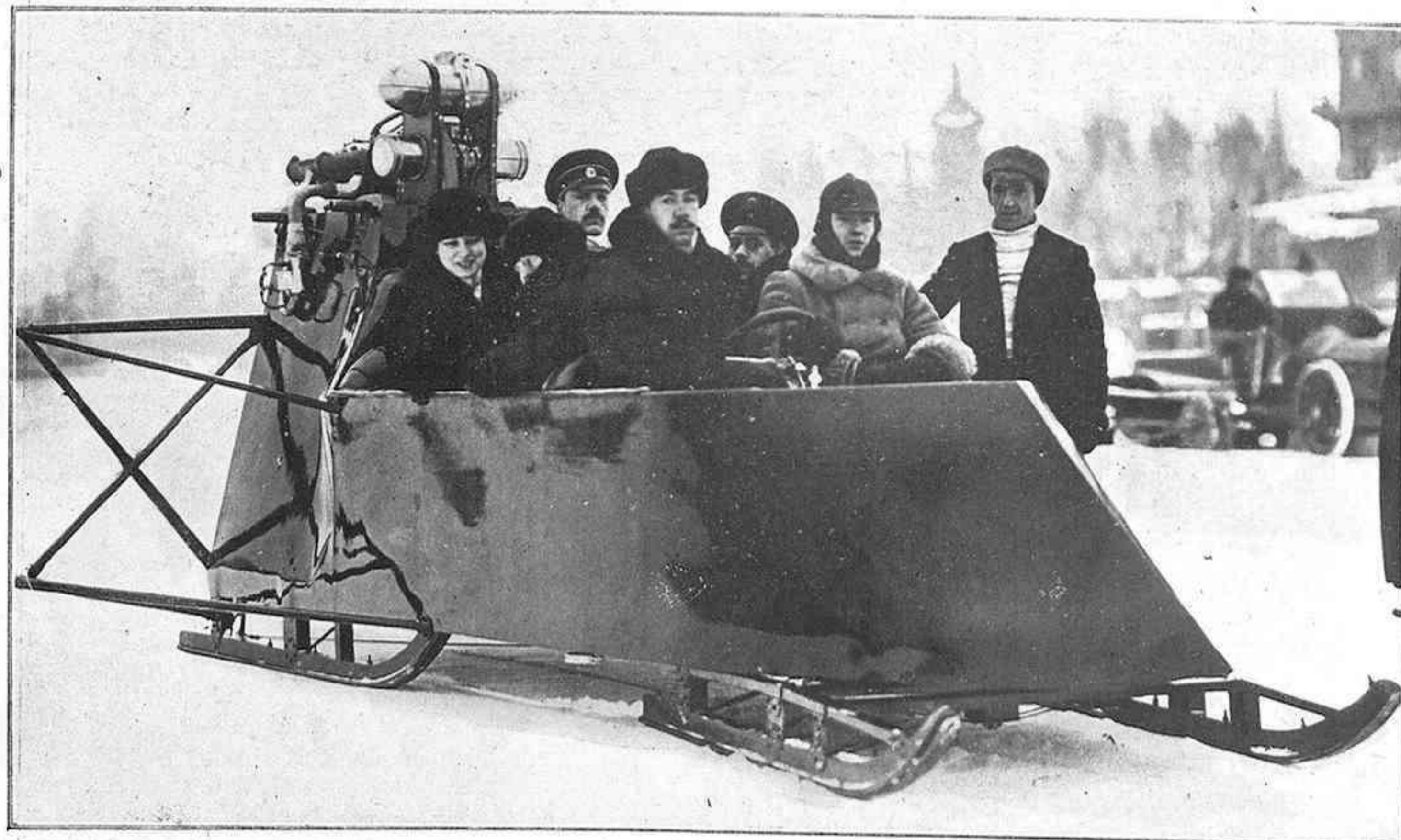
El *Duks*, al comenzar las pruebas quedó inutilizado por habersele roto la hélice, que al saltar cortó el brazo a un espectador.

El kilómetro lanzado fué cubierto por el trineo del conde de Lesseps, que llevaba un pasajero, en 1 minuto; por el de los astilleros del Báltico, con cuatro pasajeros, en 1 minuto $\frac{4}{5}$ de segundo, y por el del Sr. Kegress, con dos pasajeros, en 1 minuto $\frac{4}{5}$ segundos. La prueba de los tres kilómetros fué también ganada por el conde de Lesseps, a quien se adjudicó la copa de vencedor.



La doctora Yamey-Kin, directora de la Escuela de Medicina y del Hospital de Pekín, que actualmente está dando conferencias en los Estados Unidos sobre la condición de las mujeres en China. (De fotografía de Carlos Trampus.)

El concurso se efectuó en el pequeño Neva en presencia de una delegación del ministerio de la Guerra ruso presidida por el general Dobrychine.



San Petersburg. - Concurso de trineos-automóviles. Uno de los trineos que tomaron parte en el concurso y que más llamaron la atención; este trineo fué construido en los arsenales rusos de construcción naval del Báltico. (De fotografía de Bulla, comunicada por Carlos Trampus.)

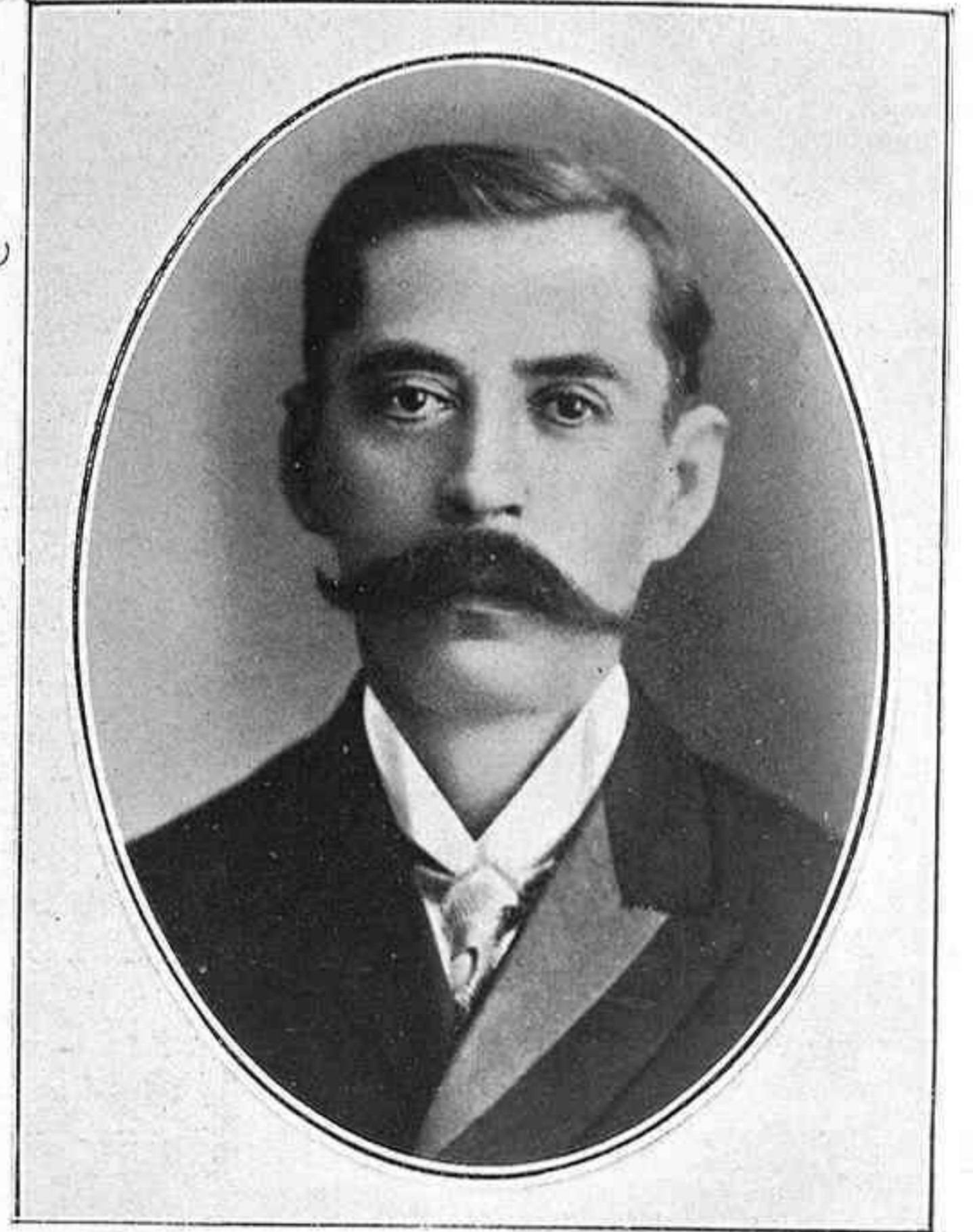
UNA DOCTORA CHINA

No es sólo en Europa y en América en donde el feminismo hace progresos; también en las naciones de Oriente en donde más estancada parecía la civilización y en donde se consideraba a la mujer de condición muy inferior al hombre, el llamado sexo débil va conquistando derechos y ocupando situaciones que se creían patrimonio exclusivo del sexo fuerte. Buena prueba de ello es la doctora china Yamey-Kin, notable médica que está al frente de la Escuela de Medicina de Mujeres y del hospital de Pekín. Esta doctora se encuentra actualmente en los Estados Unidos, en cuyas principales capitales ha dado interesantes conferencias acerca de la condición de la mujer en China.

DR. D. MANUEL E. ARAUJO

Víctima de un infame atentado anarquista falleció el día 10 de los corrientes el Dr. D. Manuel E. Araujo, presidente de la República del Salvador, a consecuencia de las heridas que recibiera pocos días antes al ser atacado en el Parque Bolívar por tres criminales que dispararon sobre él varios tiros.

El Dr. Araujo, hijo de una de las más ilustres familias de Jucapa, estudió en la capital de la República la carrera de Medicina, por la que sentía verdadera pasión, y que terminó



El Dr. D. Manuel E. Araujo, presidente de la República de El Salvador, fallecido el día 10 de este mes a consecuencia de un atentado criminal. (De fotografía.)

de una manera brillante, conquistándose desde muy joven un puesto preminente entre los intelectuales que más honraban al país. Dedicóse a la enseñanza, desempeñando varias cátedras en la Universidad, y prestó sus servicios como cirujano y médico eminente en los hospitales y en las viviendas de los indigentes, captándose el cariño, la admiración y el respeto de sus conciudadanos por su talento, por su afable trato y por su amor a la humanidad.

Después de haber desempeñado con gran competencia varios e importantes cargos públicos, entre ellos el de vicepresidente de la República, fué elegido presidente para el período de 1911 a 1915, habiendo obtenido 182.764 votos y habiéndose efectuado su elección en medio de una paz y tranquilidad completas.

Durante su corto período de mando, su labor fué ardua y penosa, pero intensa y fecunda e inspirada en el amor a su patria y al progreso. Su norma de conducta fué el respeto a la libertad, a la ley y a los derechos de todos los ciudadanos.

La prudente economía que introdujo en todos los ramos de la Administración Pública, permitió a su gobierno saldar deudas pendientes de anteriores administraciones y afirmar sobre bases sólidas el crédito del país.

La Instrucción pública fué objeto especial de sus desvelos y de su continua solicitud, habiendo creado numerosas escuelas urbanas y rurales, en las que implantó las más modernas reformas. Fomentó asimismo en alto grado la agricultura, las obras públicas, los correos, telégrafos y teléfonos y dedicó también singular atención a la hacienda, al ejército y a la administración de la justicia.

Persiguiendo la idea de concordia entre todos los salvadoreños, hizo una política de atracción, logrando que su meritoria labor fuese de positivos beneficios para el país.

Todo el pueblo salvadoreño sintiase orgulloso de aquel gobernante progresista y democrata, cuya alevosa muerte ha causado en toda la República hondísimo sentimiento.

La Sal Natural de Sprudel
de
es la única legítima Sal de Carlsbad

LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

¿Qué locura le había guiado hasta la realización de aquella salvajada?

Tsarka le había asegurado que todo era un juego que haría reír a los visitantes ingleses. Se reirían, le había dicho, del barón maculado y del millonario yanqui con los bigotes de púrpura.

Pero Teroni no le había predicho los terribles efectos de la esponja de radio escondida dentro del estereoscopio especialmente dispuesto.

Tampoco le había avisado el destino de que Violeta Cranstone entraría inopinadamente en el campo maléfico de sus manipulaciones mefistofélicas.

Horubu fué junto a él en el tren hasta llegar a Victoria. Aquí el ceñudo exsoldado le llevó por un laberinto de calles cuyo tráfico los envolvió como en un torbellino.

Horubu se detuvo a la puerta de un garaje propiedad de un alemán de lengua estropajosa y le expuso brevemente lo que deseaba.

El alemán estrechó cordialmente la mano de Horubu, en el pasadizo mal alumbrado desde el que se veían, al fondo del garaje, unos seis autos desveneciados.

La mirada del veterano, demostró horrenda desilusión al no descubrir entre los rotos vehículos el objeto de su visita.

- La máquina vieja francesa no está aquí, dijo medio escondido en la penumbra de la puerta. La quiero probar.

El alemán sonrió confiadamente.

- La tengo en un garaje en la parte de atrás de éste; porque aquí distrae a los parroquianos. Dicen que es un auto inmenso.

Horubu simuló un aire de sorpresa repentina y admitió:

- Realmente la máquina ésa es tremendamente grande para el trabajo de exploración.

Metió mano al bolsillo y revolvió unos papeles como en busca de una carta.

- Un amigo mío sale el mes que viene para el Congo. Necesita un auto grande y feo para los malos caminos, un auto que no se haga astillas al chocar contra el tronco de un árbol.

El alemán demostró el interés que el negocio le ofrecía.

- Ese viejo torbellino, dijo riendo, está construido para trabajos duros. Perteneció al ejército ruso y sólo como modelo valió mil cincuenta libras. Entre usted y examínelo atentamente.

Horubu entró dejando a Inouyiti en la sombra de la entrada.

El alemán abrió la puerta del garaje y encendió una lámpara suspendida de una viga.

En el centro del garaje se veía un auto bajo en forma de torpedo, cuyos fuertes engranajes y sólida construcción resaltaban a primera vista, atrayendo la curiosidad.

El propietario golpeó su proa acerada como si fuera el lomo de un tigre sanguinario.

- Perteneció, dijo, a un cirujano militar y pasó después a ser propiedad del teniente Scólitz del segundo cuerpo de ejército.

El alemán hablaba a Horubu en tono confidencial, apoyados ambos en los sólidos y metálicos guardabarras.

- Estuvo en Mukden, prosiguió, en el mismo campo de batalla y realizó un trabajo magnífico en la retaguardia.

- ¡Tashán!, exclamó el veterano pasando su mano sobre el volante y caja de mecanismo. Bien me

antes de la mañana después que mi amigo lo haya examinado bien.

Veinte minutos más tarde el «torpedo» salía del garaje con Horubu e Inouyiti sentados en su «popa» de forma de submarino. El auto, guiado por el veterano, corría con zumbido particular hacia la Oficina Internacional de Investigaciones.

El joven artista con el sombrero calado hasta las cejas iba pensando en la escena del estudio, y en el trágico momento en que Violeta Cranstone había ido a mirar por el maldito estereoscopio.

Horubu sólo levantó una vez su voz al desembocar el auto en el Whitehall.

- ¿Tirás bien, Inouyiti?, preguntó.

- Sí.

El artista respondió con la cabeza inclinada, pensando en un rostro adorado pero ciego por el radio preparado localmente por él.

- Pues no te equivoques; mira bien a tu hombre. Toma esta pistola.

Entregó por encima del paravis su revólver de reglamento al artista, que lo asió con crispada mano.

- ¿Conoces bien a Rénwick, verdad?

- Perfectamente. Es más alto que la mayor parte de los ingleses y yanquis. Su rostro es bello, y tiene ojos femeniles. No le confundiré con otro.

Inouyiti hablaba con voz apenas perceptible, con la cabeza escondida entre las rodillas.

- Los hombres con ojos femeniles suelen tener el don de hacer frente al fuego, gruñó Horubu. Alerta y apúntale bien.

El auto se detuvo con un estertor férreo a unos veinte metros de la entrada de la Oficina Internacional de Investigaciones.

- Cuando yo encienda un cigarrillo, dispara, murmuró Horubu. Ten a punto el revólver, pues puede presentarse de un momento a otro.



Desvió la mano de Inouyiti de la línea de tiro y el segundo fognazo lució sobre su vista

acuerdo. Scólitz fué copado por un destacamento del 23.º de Infantería.

El alemán quedó algo embozado al escuchar estas palabras, y, después, descubriendo en Horubu el aspecto propio del soldado, rió de buen humor.

- ¿Entonces de aquello vendrán seguramente estos arañazos, no es verdad?

Y señalaba una infinidad de rasguños que diagonalmente atravesaban las planchas blindadas de la acerada máquina.

- ¿Scólitz echó el auto sobre las bayonetas, añadió riendo ásperamente; abrióse camino por el 23.º de Infantería, eh amigo, y se presentó a Kuropatkin como un buen soldado, no es eso?

- ¡Pse!

Horubu dió una vuelta lenta al auto con una mirada de crítica desdeñosa.

- Esto es solamente un montón de acero..., si a lo menos tuviese buena marcha...

- ¡Buena marcha!.. Salta, amigo mío; esto salta. Podría alcanzar a un exprés que marchase a toda máquina y lo dejaría pronto atrás; puede usted estar seguro.

- ¡Prepárelo, pues!, ordenó Horubu. Lo volveré

interés grandísimo por aquellos rayos fluorescentes, cuya intensidad crecía al cubrir el dedo de caucho del resplandor de la luz eléctrica del restaurán.

El alfombrado suelo bajo la mesa quedó iluminado por una claridad color amatista que se propagó a su mano y ropas con la celeridad de los rayos Roentgen.

No sentía deseos de volver a colocar el dedo de caucho en el bolsillo de su chaleco.

Le sobrevino un repentino temor de sus propiedades radioactivas.

Envolviólo en su pañuelo, y saliendo del restaurán adquirió una cajita vacía de pastillas de chocolate en una tienda cercana; y poniendo el dedo de caucho en el fondo de aquel recipiente pudo examinar más seguro la causa de su luminosidad.

Sólo un elemento conocido era capaz de tan tremenda actividad molecular; y, naturalmente, comprendió que aquel dedo postizo de Inouyiti encerraba una gran cantidad de radio puro.

Reflexionando más pensó que bien podían ser los seis granos del radio Mórítz los que se hallaban ocultos en la concavidad del dedo artificial.

A pesar de toda su astucia y doblez, no había el

XI

Dr. Tsarka consiguió guardar la preciosa sustancia cuya posesión le había costado tantos meses de trabajo.

Un estremecimiento de placer se apoderó de Gifford al emprender el camino hacia la Oficina Internacional, con la pequeña cajita fuertemente sujeta en su mano.

El haber recobrado el radio, por valor de seis mil libras, le parecía una de las compensaciones del hado después de sus pasadas desgracias.

Whitehall y sus inmediaciones estaban en un estado de inusitada tranquilidad cuando él se apresuraba hacia la Oficina.

En la avenida de los Horseguards se detuvo irremisiblemente, como si el instinto de la vida hubiese súbitamente surgido en él poniéndolo alerta. A cierta distancia, al frente, envuelto en la nocturna neblina, percibió el largo cuerpo de un auto blindado de acero.

La mirada de Gifford registró rápidamente la desierta calle, y sólo descubrió junto al pórtico la figura de Soto Inouyiti.

En la postura del artista no había nada de alarmante; lo que le llamaba la atención era el grotesco contorno del tremendo auto, su blindaje, su acerada proa de torpedo, capaz de abrirse paso entre la masa compacta de un ejército.

Pero, sobre todo, los instintos de Gifford le hicieron mirar con preventiva curiosidad hacia la fornida figura acurrucada tras el volante.

A unos quince pasos de Inouyiti se detuvo en seco porque el joven artista se había dado cuenta de su proximidad.

Incidentalmente el hombre del auto encendió un cigarrillo.

Gifford profirió una exclamación al ver el revólver que hacía puntería en el puño del artista.

Un instante después vió el blanco fogonazo y oyó el estampido pavoroso mientras la bala le pasaba silbando junto al oído.

— ¡Mal rayo te parta! ¿A quién tiras?

Gifford permaneció inmóvil un segundo y después, de un salto, púsose a tres pasos de su atacante.

Desvió la mano de Inouyiti de la línea de tiro y el segundo fogonazo lució sobre su vista.

Rénwick saltó ágilmente, sacudiendo un golpe con su diestra al levantado brazo.

Inouyiti dió un grito y pronunció una blasfemia en japonés al notar que la humeante arma le era arrebatada de la mano retorcida; y Gifford, con la maestría de un luchador, le hizo caer en tierra.

El detective respiraba anhelante, escudriñando con su aguda vista el rostro desfigurado y la barba postiza que había caído al suelo en la refriega.

— Debe usted acompañarme, Soto. Hay orden de prender a usted, a causa del negocio del estudio. No se resista o le rompo las muñecas.

A los disparos habían acudido algunas personas. Gifford apartó las manos que se tendían para prestarle ayuda.

Inouyiti estaba completamente en su poder y el pobre artista, temblaba con las fuerzas exhaustas tras los violentos esfuerzos que había hecho para liberarse.

Con calma, el joven detective urgió a Inouyiti en dirección del *Scotland Yard* esperando obtener la ayuda de la policía antes de que creciese el gentío.

Al pasar junto con su asaltante cerca del largo auto observó un rápido movimiento en el chofer, y al instante percibió un lazo corredizo de cuerda que con acertada puntería se le entraba por la cabeza, le pasaba el cuello y le apretaba finalmente brazos, pecho y espaldas, y al punto se sintió caer ante las ruedas delanteras del automóvil trepidante.

Horubu, con audacia sin igual, hizo avanzar el auto un par de metros, y saltando de él sujetó la cuerda del lazo al férreo estribo bajo la portezuela.

Gifford forcejaba desesperadamente para zafarse del nudo corredizo y para coger el revólver de Inouyiti que había caído fuera del alcance de sus manos.

Sin prisas ni apresuramientos Horubu recogió a su compañero del suelo donde yacía casi sin sentido y lo arrojó sin ceremonia al interior del auto.

Con un salto de pantera se colocó luego en su puesto abarcando con sus manazas el volante.

La multitud pareció comprender sus intenciones, pues cuando el auto rompió su marcha un cuchillo amigo cortó la cuerda que amenazaba arrastrar a Gifford por las calles de Westminster.

Horubu lanzó un juramento de aviso a la muchedumbre de brazos y cuerpos que parecían quererle obstruir la huida.

Una mujer dió el primer grito contra él desde la acera, porque había visto el odio de raza en sus llamantes ojos.

Cogió una piedra junto a ella y la lanzó; el pro-

yectil dió en el paravis, casi en el mismo rostro de Horubu.

— ¡Muera ese bestia!

— ¡Atadle al auto con su propia cuerda!

Bastones y paraguas se levantaron a una contra Horubu.

Hubo un instante en que el volante pareció desobedecer al mandato del chofer.

El auto rugía y trepidaba junto a la acera como un animal sujetado por el freno.

La mano de un vigilante nocturno casi tocó el cuello de Horubu al inclinarse éste sobre una palanca refractaria.

Otro asió a Inouyiti que yacía boca arriba a los pies del chofer.

— ¡Son nipones! ¡Por Júpiter! ¡Afuera con ellos! ¡Pongámosles el auto por montera!

El veterano japonés rechazó la mano del vigilante nocturno, y su vista midió el gentío que amenazaba cortar la retirada.

Un momento más de detención y se vería bajo los pies de los enfurecidos londinenses.

La refractaria palanca respondió a su impulso y el mastodonte blindado avanzó con rapidez contra la masa humana.

Un hombre que estaba frente al guardabarros de la rueda derecha delantera fué arrojado vacilante contra el reborde de la acera, como si un bisonte le hubiese arrojado de un topetazo.

Gifford se había puesto en pie medio aturdido, con los brazos rígidos e hinchados por la parte donde le había oprimido el lazo.

El gentío se apartó discretamente del auto blindado, que salió como un torbellino hacia la desembocadura de la calle, donde, siendo más denso el tráfico por los coches que conducían la gente de los teatros, otros grupos atraídos por la gritería se mostraban amenazantes y obstruyendo el paso.

El auto rugió trepidante como un toro pronto a embestir.

Los ciudadanos más animosos, unos seis, se abalanzaron a los guardabarros para arrancar de su asiento al exsoldado japonés.

Un giro repentino del volante arrojó al pesado auto hacia la acera, y otro viraje diestro y rápido lo puso en dirección del opuesto muro.

A estas rápidas y contrarias vueltas, como coletazos de aquel monstruo, los hombres que se habían afianzado a los guardabarros fueron despedidos de éstos como moscas que un búfalo echase de su lomo a coletazos.

Horubu gruñó de satisfacción al poner la proa del «torpedo» hacia la aterrorizada muchedumbre.

Como un afilado cuchillo penetra en una hogaza y la divide, así el mastodonte rompió el gentío, cargando a derecha e izquierda, destrozando bajo sus potentes ruedas a hombres y mujeres, que presa del pánico, ya no ansiaban sino ponerse en salvo.

Como una exhalación salió el «torpedo» por Whitehall a la Avenida de Northumberland, aflojando la velocidad cerca del malecón solamente cuando los gritos de los ciudadanos atropellados dejaron de oírse.

— Debemos separarnos, dijo Horubu al joven artista, que poco a poco se iba recobrando. Levanta y a ver cómo te ingenias para escapar.

Deteniendo el auto a la sombra del puente del ferrocarril descendió del «torpedo» y puso a Inouyiti de pie en tierra.

Luego, mirando con pena al auto abandonado se llevó apresuradamente al joven pintor hacia el puente de Waterloo.

— Habrá una alarma tremenda, dijo bruscamente. Nos hemos de poner a cubierto.

— ¡Pero... no hemos conseguido nada!, casi sollozó Inouyiti. Después de tanta mutilación y sangre...

— Tenemos la *cache* del radio, respondió Horubu tocando significativamente su gran bolsillo. Ese perro de Rénwick llevaba nuestra fortuna en una caja de chocolate. Si no es por mi lazo americano ya estarías en la cárcel. ¡Assoba! Separémonos aquí. Vuelve a casa con Tsarka.

Horubu le dió un golpecito en el hombro y luego separándose rápidamente se dirigió hacia el puente.

XII

Desalentado se vió Gifford y experimentando un amargo sentimiento de derrota al descubrir que el «torpedo» de Horubu se había abierto camino entre el mar de gentío, dejando tumbados en la vía pública una veintena de ciudadanos lesionados y magullados.

De pronto entre el tumulto de la muchedumbre oyó la voz de Tóny Háckett.

— Ven Gifford; la ambulancia recoge ya a los heridos. ¡Voto a Judas, esos diantres de japoneses ra-

teros del radio, nos baten casi a un paso de la Seguridad.

Media docena de autos de policía partían entonces rápidamente del Whitehall con la esperanza de alcanzar al «torpedo» y sus dos ocupantes.

Gifford no olvidaría probablemente la figura corpulenta de Horubu, puesto que ni la careta de camino ni los anteojos le habían ocultado al teniente de guerra del Dr. Tsarka.

Ese doctorcillo japonés nos ha vaqueteado de lo lindo, declaró Tóny cuando ambos detectives se dirigían rápidos a la Oficina Internacional. Cabalmente ahora rebosa Londres de visitantes japoneses que han venido para la Exposición de Shépherd's Bush, y si ponemos presos a los que sean inocentes nos la cargamos. El gobierno no nos perdonaría el más pequeño error.

Gifford expuso imparcialmente a su jefe lo acontecido, mientras que por la ciudad se extendía con rapidez la noticia de la segunda tropelía de Inouyiti.

Docenas de autos de la policía recorrían toda el área de la metrópoli con la esperanza de dar caza al enorme automóvil de la Manchuria.

— Suponiendo que el Dr. Tsarka y sus gentes intenten permanecer en Londres, dijo Coleman, no nos será fácil encontrarlos entre seis o siete millones de habitantes.

Tóny Háckett que había penetrado con Gifford en el despacho del jefe, pues su consejo se consideraba de sumo valor en las presentes circunstancias, repuso:

— A pesar de la Exposición no habrá en todo el condado de Middlesex mil japoneses.

— La Seguridad los podría prender a todos en menos de veinticuatro horas, si fuese preciso. Desde luego, hay que contar con el aspecto diplomático de la cuestión, los rompimientos internacionales y toda la demás música celestial si se echa mano a los que sean verdaderamente inocentes.

— No podrán prender, exclamó vehementemente Gifford, a criminales que viven en laboratorios subterráneos. Tsarka es una molécula humana y la gente no le ve nunca. Posee un auto cuyo número cambia.

— Pues yo he procurado, interpuso Tóny, saber los números que usa, sin dejar entrever nada a la policía metropolitana.

— ¿Quiere usted la gloria para sí mismo?, interrogó el jefe.

— Para la Oficina Coleman de Investigaciones, contestó Tóny riendo. No voy a dar informes gratis a la Seguridad.

Al día siguiente volvió Gifford a casa de Miss Cranstone esperanzado de que Inouyiti haría una visita última a la joven actriz que sufría aún los tormentos de la ceguera por el radio.

La señora Cranstone mostraba señales de alguna reciente e intensa emoción al saludar al joven detective. Su voz tenía un temblorcillo extraño.

Era evidente que desde la noche anterior había ocurrido algo desagradable respecto al caso de su hija.

Creando que Miss Cranstone estaría peor a causa de los dolores y terrores sufridos durante la noche dijo a la madre de la joven actriz:

— Señora, deben ustedes ver en seguida a la Mesonier.

La señora Cranstone apenas pudo reprimir su dolor al introducir al detective en el salón.

— No perdimos tiempo, dijo en tono abatido, en visitar el Instituto Mesonier. Yo no podía sufrir un instante más la agonía de Violeta. Después que Sir Floyd salió de aquí la tormenta de color que destrozaba su cerebro se hizo horrorosa. Hice llamar un coche y llevé mi hija al Instituto.

— ¿Vieron ustedes a la señora?

— No; el criado nos respondió que hasta hoy por la mañana no nos recibiría. Así es que Violeta pasó una noche horrible sin asistencia facultativa de ningún género.

Y al recuerdo de los sufrimientos de su hija, la señora Cranstone sollozó amargamente.

— Esta mañana a las ocho, prosiguió, fuimos nuevamente al Instituto del Radio. La señora Mesonier cansintió amablemente en examinar a mi hija, y su diagnóstico, a lo que me parece, fué muy exacto. Me aseguró que la causa de la ceguera de mi hija era un envenenamiento rádico, pero que no había motivo para intranquilidades con tal que se aplicasen inmediatamente los remedios oportunos.

Gifford hizo un gesto afirmativo.

— Puede usted confiar en ella, exclamó con entusiasmo. ¿No soy un ejemplo viviente de su infalible pericia?

La señora Cranstone inclinó dolorosa y dubitativamente la cabeza.

- ¡Yo pensaría con usted, Sr. Rénwick, si no fuera por los honorarios que nos pide esa señora. La cantidad que exige es realmente exorbitante.

- Yo le pagué doscientas libras, señora. Uno no debe dudar cuando una persona del mérito de esa especialista...

- ¡Doscientas guineas!, gritó sin poderse contener la señora Cranstone. La Messonier se ha negado a comenzar el tratamiento a menos que se le entreguen adelantadas dos mil guineas. ¡Esto, Sr. Rénwick, es monstruoso!

Gifford dió un respingo.

La suma le parecía increíble. No podía persuadirse de que Beatriz Messonier quisiera arrancar honorarios tan ruinosos de una paciente dolorida.

Y con un tono de pesar repuso:

- ¡No hay otro especialista del radio en Inglaterra! Empiezo a temer que otras manos diversas de las de Beatriz Messonier gobiernan el Instituto.

Y para sí mismo añadió:

- Tal vez los accionistas.

No se le había ocurrido hasta entonces que Beatriz Messonier pudiese ser solamente la empleada de una banda de accionistas cazadores de buenos dividendos, que, prevaliéndose de las raras cualidades de la eminente doctora, forzasen a los pacientes ricos al pago de honorarios anormales.

Y la nueva idea que entonces le asaltó vagamente le hizo pensar si el Instituto del Radio no estaría relacionado con Tsarka.

Al principio tal pensamiento le pareció monstruoso, injusto; pero, después, el peso de los hechos le inclinó rápidamente a creer en la complicidad de Beatriz Messonier.

Inconcebible y todo como le parecía, no podía sin embargo disociar las recientes tropelías Tsarka-Inouyiti del Instituto Messonier.

- No obstante, ¿cómo, se preguntaba a sí mismo, había Pepio Tsarka arriesgado su libertad para darle a él fondos con que pagar los honorarios del Instituto?

Con alguna dificultad logró contener el torbellino de pensamientos generados por estas rápidas inducciones, y volvió su atención a la llorosa mujer sentada junto a sí.

El sabía perfectamente que los sufrimientos de Violeta Cranstone sólo cesarían cuando los demonios del radio hubiesen extinguido por completo la luz de sus ojos.

- Debe usted hacer un supremo llamamiento al corazón de la señora Messonier, dijo. La demora significa, cierto, una muerte en vida para su hija de usted, aunque la envíe usted al Instituto de París. ¡Unas horas más, y la luz habrá desaparecido para siempre de sus ojos! ¡Pruebe usted de nuevo!

Su voz enternecida llegó hasta la joven medio ciega ya, que estaba en la habitación contigua.

Su súplica empero, no produjo sino un efecto extraño; evocó una oleada maternal de ira en la apurada señora Cranstone.

- Esa Madama Messonier es..., es imposible aun de tratar. Le supliqué que operase a mi hija, y se lo pedí de rodillas. Le expuse cuán difícil es aprontar suma tan enorme... y ella... me heló con sus fríos e impasibles, pero abrasadores ojos... ¡Usted sabe cómo quemar!, gritó incoherentemente. ¡No le suplicaré más! ¡Probaré ir al Instituto de París; tal vez no sea demasiado tarde!

Gifford podía entender fácilmente la ira de la señora Cranstone. Sin influencia ni amigos, la vida de la buena señora habíase dedicado siempre y por entero al bienestar de su hija.

Había soportado estrecheces y hecho sacrificios para mantener la posición de Violeta en la escena; ¡y ahora, por una insensatez de un artista lunático, la veía amenazada de ceguera eterna!

- Dos mil guineas es más de lo que puedo disponer a menos que no entregue a esa vampíresa de profesión todos nuestros bienes, exclamó la señora Cranstone con creciente ira.

Gifford, pensando en la joven ciega, olvidó la ira de la madre; pero con todo, no estaba muy dispuesto a creer, a la angelical Beatriz Messonier, una charlatana desapiadada.

Presentía que una influencia desconocida la forzaba a demandar tan colosales honorarios.

En el silencio que siguió al arranque de ira de la señora Cranstone, el cerebro activo de Gifford se ocupó en planear un nuevo ataque contra los aventurados nipones y embebecido en sus planes paseó inconscientemente arriba y abajo del cuarto.

El lloriqueo de la señora Cranstone le distrajo de sus rápidas combinaciones mentales.

Para salvar la vista de Violeta no había qué reparar en la enormidad del precio. Suponiendo que Beatriz fuese implacable, la madre no tenía más reme-

dio que ceder. Cada momento que transcurría sólo conseguía acrecentar los elementos destructores que corroían los ojos de la joven.

Con un gesto impresionante la señora Cranstone le introdujo en la habitación contigua donde la desgraciada y joven artista se hallaba sentada, con las manos fuertemente apretadas sobre las retinas torturadas por el radio.

Gifford era demasiado joven y sensible para no sentir algo de dolor y pesar a la vista de aquella trágica desgracia.

- Siento muchísimo su infortunio, Miss Cranstone; fué lo único que pudo decir. Hemos de tener paciencia y esperanza de que aun habrá remedio.

Al sonido de aquella voz, la joven levantó la cabeza y la contracción dolorosa de sus labios disminuyó, pero con sus manos pareció rechazar las agudas saetas de luz que le atravesaban los ojos.

- Gracias por su compasión, Sr. Rénwick, murmuró. Ahora siento como si mi cabeza pasase entre un ciclón de estrellas fugaces. ¿También sintió usted lo mismo?

- Sí, percibí como lluvias de hierros candentes y ciclones de colas ígneas de cometas, repuso él animándola. Ahora está usted pasando lo peor. Dentro de una semana se reirá usted de las impresiones que ahora le causan los diablillos del radio.

En su delicadeza de conciencia, Gifford no se podía librar del tormento que le causaba la idea de ser él responsable de aquella trágica desventura, y se condenaba a sí mismo por haber permitido que el Dr. Tsarka se le escapase de entre las manos.

- Un buen detective, se decía, hubiese aplastado la cuadrilla de terroristas radicales en su origen.

Pronunciando una última palabra de consuelo para la joven artista salió de la habitación, y en la puerta de salida dijo a la señora Cranstone:

- Voy a visitar a Beatriz Messonier.

Gifford se reprimió a sí mismo ligeramente, y añadió:

- ¿Llevará usted a su hija al Instituto a las doce de hoy?

- Ahora son las diez. En dos horas me es imposible reunir los diez mil duros.

- No serán necesarios, respondió tranquilamente Rénwick. Sólo le pido a usted que, a las doce, lleve su hija al Instituto.

- ¡Pero usted no podrá nada con esa mujer; no podrá usted obligarla a efectuar una curación si no quiere hacerla!

La angustia reflejada en las palabras de la señora Cranstone avivó aún más la resolución de Gifford.

- Estén ustedes allí a las doce.

Y extendiendo la mano para estrechar, despidiéndose, la de la señora Cranstone, aseveró:

- Doy a usted mi palabra de que Beatriz Messonier comenzará al punto la curación de Miss Cranstone.

XIII

En la calle, salió al encuentro de Gifford Norry Blake, joven reportero, que le saludó con la familiaridad de un bohemio de la calle de Fleet.

Blake andaba a la pesca de noticias del reciente atropello del estudio.

- Atienda, Gifford, empezó con viveza profesional. Vengo de conferenciar con personas de la casa del príncipe Hohenhoff y dicen que su alteza queda ciego sin remisión.

Gifford se encogió de hombros.

- Médicos hay, afirmó, capaces de curar los envenenamientos ocasionados por el radio. ¿Y el Instituto Messonier?

Blake movió la cabeza desalentadamente.

- La duquesa de Márister ha ido allí, pero apenas se habrá recobrado del susto. Ha sido aún peor que la calamidad del estudio. La gente no habla de otra cosa que de los honorarios Messonier.

- ¿Cuánto pide a la duquesa?

- Una friolera. Cinco mil guineas adelantadas o no hay consultas. La reputación de Messonier está en boga. La gente habla de ella y pregunta quién es. No hay como pedir honorarios tan elevados como el Himalaya para ver crecer la reputación propia en el aprecio público.

- ¿Y el barón maculado?, preguntó Gifford. ¿Está aún tan arrogante?

- Ha ido al Instituto Messonier, respondió riendo el noticiero. Mediante el modestísimo pago de tres mil guineas, Madama Messonier le ha prometido quitarle todas las manchas por un procedimiento radiomagnético.

- ¿Y el millonario?

- La Messonier no le ha echado el guante. Anche salió para París. Dice que por la mitad del di-

nero que aquí le piden se quitará la rojez de su bigote. Son muy largos esos americanos, añadió Blake riendo. Irian al Polo Norte para conservar el cabello. ¿Bebe usted algo, Rénwick?

- No, gracias; acabo de restablecerme de un envenenamiento rádico, contestó inocentemente Gifford. ¡Adiós!

Dirigiéndose rápidamente hacia la calle de Húntingdon, sentía Gifford que su espíritu se desanimaba a la proximidad de presentarse ante Beatriz Messonier.

No podía concebirla como una doctora desapiadada, ansiosa de arrancar a sus pacientes la última guinea. Sabía perfectamente que muchos especialistas del West-End pedían honorarios inauditos cuando la ocasión se presentaba; pero no podía recordar ningún nombre de médico inglés que cerrase sus salas de operaciones a los casos desesperados.

Gifford no sentía ni mucho ni poco que unos cuantos mecenas alemanes fuesen víctimas de una indignidad más o menos bufa. La opulentísima duquesa de Márister podía sin ningún sacrificio pagar la suma que le exigían.

Lo que sublevaba los sentimientos humanitarios de Gifford, era el espectáculo de la joven actriz medio cegada; para ésta y para su madre, la señora Cranstone, las dos mil guineas exigidas por la Messonier, significaban la ruina.

Mientras que todo el mundo hablaba de los sufrimientos de un barón alemán herido en su soberbia, y de los del príncipe, nadie había manifestado la más ligera simpatía ni había acudido a consolar y a dar consejo y ayuda a una madre sin amigos y a su hija.

En su ingenuo, inocente y juvenil corazón, Gifford había admirado sinceramente a la rostróvirginea joven hija del Dr. Tsarka.

Después se había sentido atraído hacia la ojilúcida Beatriz Messonier, la mujer que con su arte le había libertado de las tinieblas y de la desesperación.

Estas dos mujeres habíanse mostrado misericordiosas para con él en tiempo en que sus tormentos amenazaban abandonarle pero sumiéndole en la locura.

Con todo (él se esforzó por aniquilar este pensamiento, como quien pisotea una hierba venenosa) su claro entendimiento percibía ya los eslabones de la cadena de una infame conspiración que ligaba a Beatriz Messonier con Teroni Tsarka, y a Pepio con el endiablado artista Soto Inouyiti.

Gifford no padecía aún esa dureza mental y sentimental; resultado de una vida en frecuente relación con personas criminales.

No se podía decidir a interrogar a Beatriz Messonier sobre un asunto que podía revelar la complicidad de ésta en la tropelía más cobarde del siglo. No obstante, podía hacer pesquisas sobre la organización económica del Instituto del Radio, y podía revisar las nombres de los fundadores y patronos de éste, si los había.

Beatriz Messonier era la única mujer de Inglaterra o América que mejor que todos los demás había adivinado las propiedades curativas del radio.

El Dr. Tsarka, por otra parte, había estudiado el nuevo y maravilloso elemento como un veneno nervioso, un arma que esgrimir contra la humanidad para alcanzar sus nefastos fines.

Creando un centro donde se dominase exclusivamente cierto agente curativo, con pericia y talento podía crear también ciertas enfermedades entre parientes ricos que por fuerza habían de necesitar el tratamiento inmediato del Instituto Messonier, dada la carencia absoluta de otros doctores idóneos.

A otro investigador que no fuese Gifford Rénwick el plan le hubiese parecido quimérico, improbable.

Pero él había sufrido el letal veneno de la esponja rádica en el laboratorio Tsarka, y había sobrevivido para experimentar las facultades milagrosamente curativas de Beatriz Messonier.

Seguramente, se argüía Gifford, no fué casualidad el que él mismo hubiese sido enviado al Instituto. Y con evidencia meridiana creyó comprender que el agudo nipón se había valido de él como del principal medio anunciador de sus modernísimas diabluras.

El cheque de las doscientas guineas le había envuelto a él parcialmente, pues ahora estaba cierto de que Tsarka había prevalecido cerca de Pepio para que fuese en su busca y le ofreciese aquel dinero con que ganar su silencio.

Este cheque era lo que le había desviado. Pero evidentemente, Madama Messonier, tomándolo de él, lo había devuelto al Dr. Tsarka sin presentarlo al cobro.

(Se continuará.)

MADRID. — EXCURSIÓN AÉREA EFECTUADA POR S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN EL DIRIGIBLE «ESPAÑA». (Fotografías de Asenjo.)

En la tarde del día 7 de este mes, SS. MM. los reyes D. Alfonso y Doña Victoria, acompañados del general Marina y de algunos palatinos, visitaron el aeródromo de Cuatro Vientos, en donde hay varios aeroplanos y el globo dirigible *España*, que se utilizan para las prácticas de aviación militar.



S. M. el rey D. Alfonso XIII con el coronel Vives y el capitán Kindelán en la barquilla del dirigible «España» antes de efectuar su excursión aérea

Allí presenciaron algunas evoluciones de los aviadores militares y de los aviadores extranjeros Limenkogel y Prevost, admirando la pericia que unos y otros demostraron en el manejo de sus respectivos aparatos.

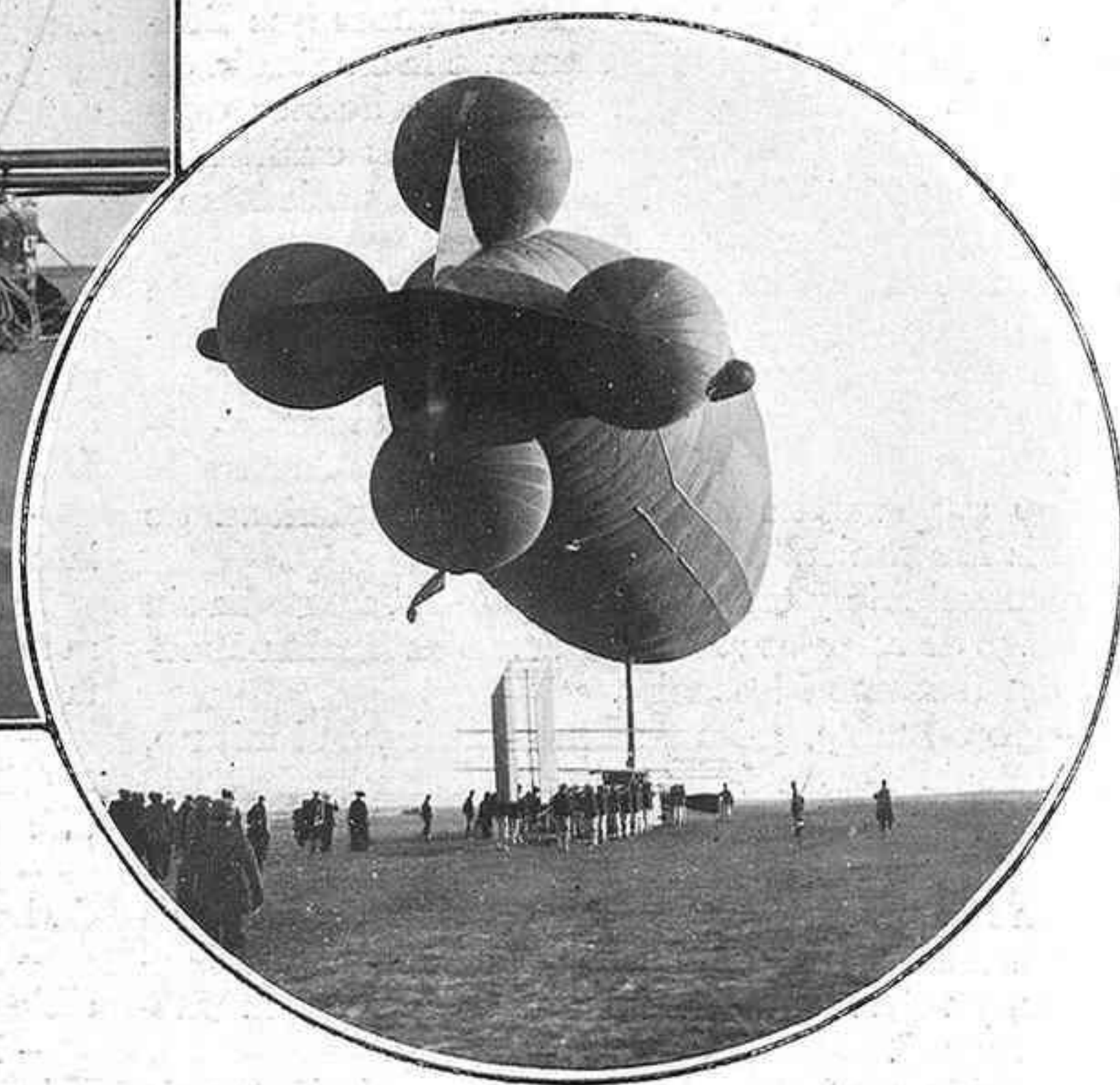
S. M. el rey don Alfonso XIII quedó muy complacido de su expedición y felicitó con entusiasmo al piloto Sr. Kindelán por su gran pericia en la conducción del globo y por sus vastos conocimientos en materia de aeronáutica.

El ejemplo de S. M. el Rey tuvo dos días después imitadores en otros individuos de la Real familia; en efecto, los infantes D. Alfonso y Doña Beatriz embarcaron, en la mañana del día 10, en el citado dirigible, que llevaba de piloto al coronel Vives.

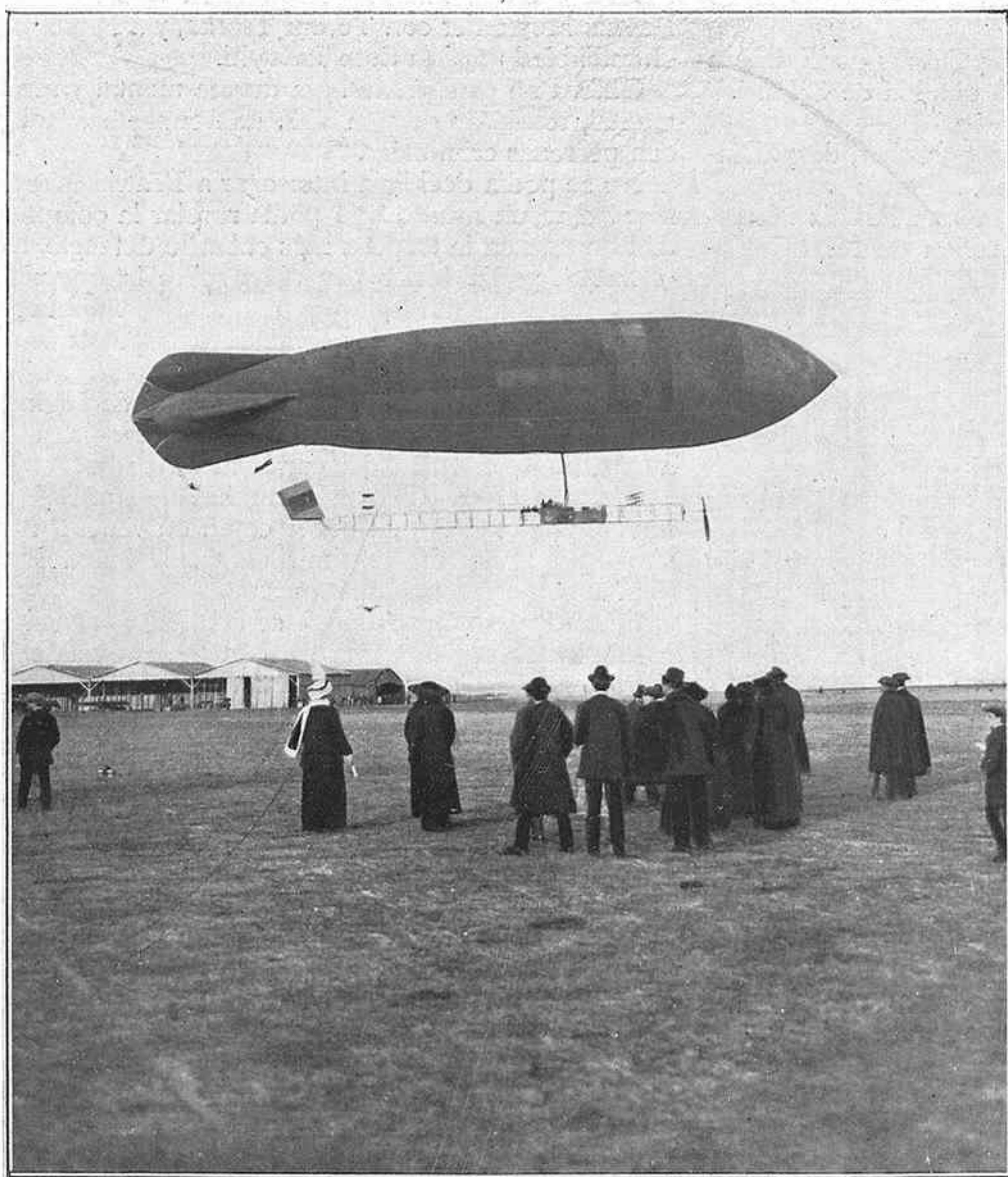
Con ellos iban, además, los capitanes Kindelán, Jiménez Millas y Gautier.

El *España* salió del aeródromo de Cuatro Vientos a las nueve y doce minutos, tomó rumbo hacia Madrid y una vez sobre la capital efectuó notables evoluciones, con gran sorpresa de la gente que transitaba entonces por las calles de la capital y a quien no pudo menos de llamar la atención ver en aquella hora moverse en los aires al dirigible.

La excursión se realizó con toda felicidad, descendiendo el globo en el aeródromo una hora después de haber salido de él.



El dirigible «España» en el momento de emprender el vuelo llevando en su barquilla a S. M. el Rey



El dirigible «España» en marcha

Para complacer a S. M. fué sacado del cobertizo en que se halla guardado el globo dirigible *España*, con el cual se han hecho ya numerosas excursiones con el éxito más satisfactorio, y una vez henchido y convenientemente preparado el aerostato, subió a la barquilla el Rey, junto con el coronel

Vives, el capitán Kindelán y el mecánico Sr. Quesada, cuya pericia en materia de navegación aérea es sobrado conocida y constituía una garantía de que la excursión habría de efectuarse sin contratiempo. Acompañaban, además, a los expedicionarios los Sres. Villa y Rauley.

A las cinco en punto elevóse el globo majestuosamente y durante diez y ocho minutos permaneció en el aire efectuando magníficas evoluciones. Desde el aeródromo el dirigible se encaminó hacia Madrid, llegando hasta muy cerca del Campo del Moro, sobre el cual viró, regresando desde allí a su punto de partida.

La excursión aérea del *España* fué presenciada desde el aeródromo por la reina Doña Victoria.



S. M. la reina Doña Victoria (x) presenciando el vuelo del dirigible «España» en el que iba S. M. el rey D. Alfonso XIII

Los infantes se mostraron satisfechísimos de su viaje aéreo y felicitaron al coronel Vives y a los oficiales que los habían acompañado.

ROMA. - EL NUEVO EMBAJADOR DE ESPAÑA CERCA DE LA SANTA SEDE. (Fotografías de Carlos Abeniacar.)

Después de algunos meses de interrumpidas, por lo menos de hecho, las relaciones entre el Gobierno español y la Santa Sede, hanse reanudado recientemente, habiendo sido nombrado embajador de España cerca del Vaticano el exministro D. Fermín Calbetón, y nuncio de Su Santidad en Madrid monseñor Ragonesi.

El Sr. Calbetón ha sido solemnemente recibido por el papa Pío X el día 5 del actual para la debida presentación de las cartas credenciales.

El embajador salió del palacio de la embajada de España en carroza de gala escoltado por dos carretelas en las que iba el personal de la embajada y fué recibido en el Vaticano con todos los honores, siendo acompañado por el introductor de embajadores hasta el salón del trono, en donde se hallaba ya el Sumo Pontífice acompañado de toda su corte.

Al presentar sus credenciales, el Sr. Calbetón pronunció un discurso expresando la gratitud de S. M. el rey D. Alfonso XIII y de la Real familia por las atenciones de que han sido objeto en repetidas ocasiones de parte del Soberano Pontífice; manifestando que el Rey desea



Llegada del embajador Sr. Calbetón al Vaticano para presentar sus credenciales

caridad, facilitará al gobierno español el logro de tan nobles fines; y afirmando que la soberanía espiritual y la soberanía temporal, siempre guardando su respectiva independencia, deben obrar de común acuerdo cuando se trata de resolver problemas que conciernen a los intereses religiosos de una nación católica como España. Terminado el acto oficial y después de la presentación del personal de la embajada, el Sr. Calbetón visitó al cardenal Merry del Val y al salir del Vaticano detú-

Su Santidad contestó agradeciendo al embajador sus homenajes, formulando votos para que las relaciones entre la Santa Sede y España, que fueron siempre excelentes en lo pasado, continúen siéndolo en lo presente y en lo porvenir; expresando la esperanza de que el gobierno español y su embajador harán todo cuanto de ellos dependa para alcanzar este resultado, y manifestando que la Santa Sede, por su parte, corresponderá

complaciente a su acción. Terminado el acto oficial y después de la presentación del personal de la embajada, el Sr. Calbetón visitó al cardenal Merry del Val y al salir del Vaticano detú-



El Sr. Calbetón saliendo de San Pedro después de haber presentado sus credenciales en el Vaticano

el progreso y la prosperidad de su nación, bienes que sólo pueden conseguirse mediante la paz material y la paz de los espíritus, y espera que el Papa, con su autoridad y eterno espíritu de

vose en la iglesia de San Pedro, regresando desde allí a la embajada, en donde poco después recibió la visita del cardenal secretario de Estado.

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS, MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

INNSBRUCK, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS
LISTA DE PRECIOS GRATIS
COMPRA - CAMBIO - VENTA
RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
Director: Profesor A. Holz.
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano
Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente a las ciencias, agricultura, artes e industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
Montaner y Simón, editores. - Calle de Aragón, núm. 255. Barcelona

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PİLIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Andrinópolis. - La Gran Mezquita

LA CIUDAD DE ANDRINÓPOLIS

Según hemos ido viendo en nuestras crónicas de la guerra, así los aliados como los turcos conceden capital importancia a la posesión de la plaza de Andrinópolis, hasta el punto de que bien puede afirmarse que esta cuestión ha sido el eje principal sobre el que han girado las negociaciones de la paz en Londres y la que ha determinado el golpe de Estado de Constantinopla y la consiguiente reanudación de las hostilidades.

Este empeño de Bulgaria en adueñarse de Andrinópolis y el de Turquía en no querer verse despojada de ella, se explican perfectamente teniendo en cuenta la situación de esa ciudad y del vilayeto de su nombre. Los búlgaros estiman que sólo su posesión puede darles la ampliación territorial a que tienen perfecto derecho después de los sacrificios que la guerra los ha obligado a hacer y asegurar una paz permanente; los turcos, por su parte, afirman que la cesión de Andrinópolis es imposible desde el punto de vista de la seguridad de Constantinopla y de los Dardanelos. Además, en la respuesta que el gobierno otomano dió a la nota de las potencias se dice: «Andrinópolis es una ciudad esencialmente musulmana y la segunda capital de Turquía, y como, por consiguiente, hállese unida por lazos indisolubles al Imperio, el rumor solamente de su cesión ha provocado un sen-



La calle principal. (De fotografías de Chusseau-Flaviens.)

ha resistido heroicamente el terrible bombardeo y los avances de los sitiadores que poco a poco han ido apoderándose de los principales fuertes exteriores. Las fuerzas sitiadoras se componen de dos divisiones búlgaras y otras dos serbias. La guarnición de Andrinópolis, que al principio del sitio era de 40.000 hombres, debe de estar actualmente muy reducida; al mando de la misma se encuentra el general Chukri-bajá, que en la defensa de la plaza ha demostrado gran valor.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES O EDITORES

MIS DOS BANDERAS, poema hispano-argentino, por R. Monner Sans. - Hermosa composición en la que el poeta en inspirados y armoniosos versos entona un sentido himno de amor a España, su patria nativa, y a la Argentina, su patria

de adopción. Este poema fué leído en el Teatro Colón, de Buenos Aires, el 5 de octubre de 1912, con motivo del Centenario de las Cortes de Cádiz. Un folleto de 16 páginas impreso en Buenos Aires, en la Imprenta Nacional.

LA MUJER EN LA EDAD PELIGROSA, por Karin Michaelis, traducción del alemán por Otto Becker. - La autora de este li-

bro ha hecho un estudio profundo, en forma de autobiografía novelesca, de la mujer en la edad que ella califica de peligrosa y que es aquella en que las pasiones surgen en el alma femenina con mayor ímpetu. De esta obra se han publicado en Alemania, en poco tiempo, numerosas ediciones. Un tomo de 180 páginas editado en Barcelona por T. Taberner. Precio, 3'50 pesetas.

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Póse y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDÈS B^o St-Denis, 16

Instituto politécnico
FRANKENHAUSEN (Alemania)
 Enseñanza de la construcción de má-
 quinas en general y para la agricultura.
 Electro-técnica, Arquitectura.

**AVISO Á
 LAS SEÑORAS**
EL APIOL DE LOS
JORET-HONOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
F^o G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍDASE PROSPECTO J.A.
LEITZ
GEMELOS PRISMÁTICOS
 PARA
 EJÉRCITO Y MARINA
 VIAJE Y SPORT
 TEATRO Y CAZA
 SE VENDEN EN TODOS LOS
 ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES
 BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN
 Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de
 láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc.
 Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóri-
 cas, pagadas en doce plazos mensuales. - MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

ANEMIA DEBILIDAD **HIERRO QUEVENNE**
 Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN